El injeniero ó

la deuda de honor

(Drama)

Gil

25

Establecimiento tipográfico de Pedro Núñez, Plaza de San Javier, 6.—Calle del Rollo, 9.

EL INJENIERO,

ó LA DEUDA DE HONOR.

DRAMA EN TRES ACTOS.

Escrito en francés por Mr. Ch. Duveyer.

(Traduccion de D. I. Gil.)

REPRESENTADO POR PRIMERA VEZ EN MADRID EN EL TEATRO DEL PRINCIPE EL DIA 13 DE AGOSTO DE 1843.

ACTORES.

LEANDRO, Director de la mina.	Don J. Romea.
ROBERTO, propietario.	Don A. Guzman.
CRISTOBAL, su hijo.	Don F. Romea.
RAIMUNDO, capataz.	Don L. Perez.
UN AYUDANTE.	Don L. Paris.
LA CONDESA DE ROCHEBONNE.	Doña T. Lamadrid.
MARIA, Criada de ROBERTO.	Doña M. Córdoba.
OFICIAL 1.º	Don N. Garcia.
OFICIAL 2.º	Don N. Sanchez.
OPERARIO 1.º	Don I. Silvostri.
OPERARIO 2.º.	Don J. Fernandez.

Mineros, Mujeres, Oficiales y Soldados.

accion pasa en el establecimiento de Roberto, cerca de la frontera, en el camino de Valenciennes, despues de la batalla de Waterlóo.

ACTO PRIMERO.

baja con puertas y ventanas al foro, que dan al patio del establecimiento, en el cual se divisan montones de bon, y otros objetos que dan á conocer la mina. A la izquierda, un haz de herramientas, picos, martillos, uestras de carbon rotuladas; á la derecha un bufete de comerciante, planos de la mina, instrumentos de matemáticas.

ESCENA I.

RIA, CRISTOBAL, ROBERTO, MINEROS.

rto sale abrazando á su hijo. Los mineros traen su maleta y pistolas.

ROBERTO.

ria, sal corriendo... ya le tienes aqui.

MARIA, *saliendo por la izquierda.*

Bendito Dios!.. y es verdad! no le han muerto!

Corre á abrazarle.

ROBERTO, *á los muchachos.*

Ea, entrad ahí esos chismes... y tened cuidado de su caballo.

Los dependientes de la mina vánse por la izquierda y vuelven á salir para marcharse por el foro.

MARIA.

Mi Cristóbal de mi alma!.. Vamos, y qué hay?.. qué ha sido esa batalla de Waterlóo?.. tres dias llevamos viendo pasar de nuevo las tropas y convoyes por el camino de Valenciennes... no puedo creer lo que dicen...

CRISTOBAL.

Perdida! ha sido un desastre horrible!.. tocar retirada delante de los prusianos!

ROBERTO.

Ay! Dios mio!.. y viene herido!

CRISTOBAL.

Sí, lo fuí al principio de la accion, y eso es lo que me tiene dado á los diablos... mía carga admirable!.. pero ya se vé, eran diez contra uno; vencidos por el número nos hemos dejado hacer pedazos, y casi todos hemos quedado tendidos; pero nuestra águila ha caido en poder del enemigo... nuestra águila! el honor del soldado! (*movimiento de Roberto*) Vos no sabeis lo que es eso, padre mio...—He pasado tres dias en el hospital ambulante, y estoy sin noticias del rejimiento... pero paciencia... el punto de reunion es este, y mis camaradas no tardarán en venir á buscarme.

ROBERTO.

Cómo! pues qué, no se ha concluido?

CRISTOBAL.

Los aliados nos siguen y se dirijen sobre París... ahora que han quedado tantos claros en nuestras filas, es preciso que los demas muestren brios por los valientes que han dejado de ecsistir, y por los cobardes que dejaron de acudir; vamos á hacer frente al enemigo.

ROBERTO.

Van á tomar mi mina y mis carbones por campo de batalla; nos van á entrar á sangre y fuego.

CRISTOBAL.

Nada de eso! vamos á salirles al encuentro lejos de aquí... Si quereis podeis presenciar la accion... vereis qué danza!... os prometo que será buena.

ROBERTO.

Hará que le maten delante de mis ojos! Vamos, hombre, sosiégate; estás cubierto de sudor y de polvo. (*á María*) Tráele algo, María, un vaso de agua, cerveza, lo que quiera. Qué apuro, Dios mio! cuando pienso que yo, pobre capitalista inofensivo, he enjendrado á todo un héroe que me hace pasar las penas del purgatorio... que me lleva gastado mas dinero que pesa!

CRISTOBAL.

De eso se trata justamente; vengo á pediros dinero.

ROBERTO.

Mas todavía! Pero, Señor, vamos claros, Cristóbal! yo sé que el ser padre cuesta caro, pero es preciso que tambien produzca. Dime, hijo del alma, qué satisfacciones, qué gustos me has dado tú desde que me estoy arruinando por darte educacion? Te puse en la escuela politécnica, y al cabo de seis meses saliste de ella...

CRISTOBAL.

Hecho un porro!.. tenia prisa por batirme, y nunca hubiera podido meterme los libros en la cabeza... yo me conozco... soy el único para andar á sablazos cuantas veces se ocurra, y ser el primero á cargar al enemigo... pero en tocándose á estudiar... buenas noches!.. tengo dura la cabeza... soy muy zote.

ROBERTO.

No queria decir yo tanto; pero cerca le andas...

CRISTOBAL.

Eh! decidlo sin rebozo, no os dé empacho por ello, ya sabeis que no me pillará de nuevas. Ademas, que en los tiempos en que vivimos, con tal que un hombre tenga el corazon bien puesto y la muñeca dura, no le ha de faltar donde ocuparse y hacer carrera.

ROBERTO.

Eso es precisamente lo que no me hace gracia. En primer lugar, porque nunca te veo... Si alguna vez pregunto por mi hijo, me traen sus cuentas; tanto por los caballos del Señorito, tanto por un sable turco para el Señorito, qué sé yo!.. y mientras yo suelto la mosca, tú corre que te corre detrás de tu Emperador.

CRISTOBAL, *con entusiasmo.*

Mi Emperador!

ROBERTO.

Yo ya sé que el ser padre cuesta caro, pero es preciso que produzca algo! yo quiero verte tambien, quiero gozar de mi hijo! el Emperador no es tu padre! yo soy tu padre, hijo mio.

MARIA, *saliendo con una salvilla, y dirijiéndose á Cristóbal.*

Y un padre escelente, que está haciendo mucho dinero para vos, y que no os dejará carecer de nada, querido Cristóbal.

ROBERTO, *á María, bajo.*

Calla, maldita!

CRISTOBAL.

Pues, Señor, el asunto es este; el ejército cumplirá como siempre, y se batirá bien; pero es preciso que los paisanos nos ayuden á salir adelante... En vista de esto, he pensado que con vuestros capitales y vuestros operarios podia yo formar una compañía franca, que os hiciese honor á vos y á mí tambien!

ROBERTO.

Mis operarios! mis capitales! y te atreves á hablar de capitales, infeliz!

CRISTOBAL.

Voto al infierno! se trata de la salvacion del Emperador, entendeis...

ROBERTO.

Tu Emperador!..

CRISTOBAL.

Padre mio!

MARIA.

Señor Roberto!

ROBERTO, *reportándose.*

Sí, hago mal, es desgraciado y no debia hablar mal de él. Pero confiesa, María, que tambien es fuerte cosa ver á mi hijo, al fruto de mis entrañas, encapricharse hasta ese punto por mi enemigo mortal!..

CRISTOBAL.

Él, padre mio!..

ROBERTO.

Un hombre que no ha cesado de perseguirme con el mayor encarnizamiento!..

CRISTOBAL.

Qué estais diciendo?

ROBERTO.

Friolera! y sus decretos sobre la conscricion... yo no tenia mas que un hijo... claro está, fueron por mí!

CRISTOBAL.

Eso es! cuando veis que la Europa entera toma las armas...

ROBERTO.

Ta, ta, yo no me mamo el dedo. Y su bloqueo continental! precisamente cuando yo esperaba de Bristol dos buques cargados de jéneros escojidos! todo me lo hizo pedazos, me lo quemó!

CRISTOBAL.

Pero si aquello fue una medida jeneral, padre mio.

ROBERTO.

Por supuesto!.. ya estará contento. Aburrido de la encarnizada guerra que me hacia, toqué retirada y abandoné el piélago inconstante por la tierra firme! me he atrincherado en el fondo de un pozo! Y cuando me lisonjeaba de haberme librado de sus persecuciones, cuando me estaba yo diciendo para mis adentros: me hallo á mil quinientos pies bajo tierra, quiera Dios que mi enemigo no me columbre, vienes tú á proponerme... (*movimiento de Cristóbal*) Vamos! no me repliques por Dios; te lo suplico... bebe tranquilamente y no hablemos de esto.

MARIA, *echándole de beber, y en voz baja.*

Dejadle que se desfogue! si se hacen nuevos repartos, cumplirá como cada hijo de vecino y aprontará el dinero! ya sabeis que siempre acaba por hacer eso.

CRISTOBAL, *bajo.*

Tú le hablarás tambien, no es verdad?.. escoje una ocasion favorable.

VOCES *dentro.*

Ah, de casa! hola!

CRISTOBAL.

Ahí están los camaradas.

ROBERTO.

Tan pronto! es cosa de no tener un momento de tranquilidad!

ESCENA II.

DICHOS, *muchos* OFICIALES, *uno de los cuales trae una carta y varios periódicos en la mano, poco tiempo despues* LEANDRO.

PRIMER OFICIAL.

Aqui está nuestro valiente capitan! qué tal, os habeis restablecido?

CRISTOBAL.

He pasado tres dias fastidiado en el hospital ambulante... Pero vengan pronto noticias del ejército... y nuestra águila?

PRIMER OFICIAL.

Perdida sin remision!.. pero hemos sido vengados. El jeneral Excelmans envió un práctico al segundo de dragones, embarrancado en unos pantanos, y el tal sujeto desempeñó á las mil maravillas su comision, pues le dió tan á tiempo el aviso, que pudieron salir del atasco, y de los dos rejimientos de húsares de la Muerte que nos habian deshecho, no han quedado mas que diez hombres.

CRISTOBAL.

Pero y nuestra águila? nuestra águila? ah! es

una mengua, un borron para el cuerpo! Y el Emperador, dónde está?

SEGUNDO OFICIAL.

En París! separado de nosotros ahora; porque la division de Blucher se nos ha interpuesto y tiene cortadas todas las comunicaciones.

CRISTOBAL.

Es preciso abrirnos paso por medio de esa division... A caballo!

PRIMER OFICIAL.

Deteneos!.. tenemos orden de no separarnos del establecimiento de vuestro padre!

CRISTOBAL.

Será posible!

LOS OFICIALES.

Sí, sí... leed...

El primer oficial le entrega un pliego.

CRISTOBAL, *leyendo.*

Sí, el jeneral Verdun viene á socorrernos á marchas forzadas, con los restos de un rejimiento de la Guardia. Piensa atacar por el flanco á la division de Blucher... asi que haya tomado posicion nos enviará un aviso... Pero los términos de su carta no ofrecen ninguna esperanza!.. Cuando el desaliento se apodera de tan bizarro jefe, es que todo se ha perdido.

TODOS.

Qué decís?

Sale Leandro y se dirije á la mesa, sobre la cual deja varios planos, en seguida escucha lo que se dice en el proscenio, y se acerca.

CRISTOBAL.

Circulan los mas siniestros rumores; se habla de una segunda abdicacion! el Emperador vá á verse forzado á espatriarse otra vez! el ejército será licenciado!

TODOS.

Licenciado!..

CRISTOBAL, *dando rabioso con el pie en el suelo.*

Voto al infierno! espatriarse el Emperador! los estranjeros dueños de nuestra patria!.. y no hemos de estorbarlo!.. Si tal sucediese, seria preciso ruborizarse de llamarse francés... seria cosa de no poder vivir ya en Francia, Señores!

ROBERTO.

Nada de eso, hijos mios; lo que debemos hacer en ese caso es sobrellevar esa catástrofe como unos hombres. Nuestra hermosa patria no ofrece otros consuelos. María, una vez que se quedan aqui, disponles ese pavipollo relleno que nos enviaron de Mans y unas cuantas botellas de champagne... pronto, despáchate... mucho champagne... esta es la ocasion de alegrarse un poco.

Váse María por la derecha.

LEANDRO, *colocándose en medio.*

Si tal desgracia sucediese, Señores, os quedaria la satisfaccion de haber cumplido con vuestro deber heróicamente, y la gloria seria para los vencidos. Vendriais á partir el trabajo con nosotros, y seriais recibidos con los brazos abiertos, como hermanos!

ROBERTO.

Eso es hablar como un hombre, amigo Leandro... (*á su hijo*) Es el director de la mina! es todo un sábio, donde le ves! un antiguo alumno de la escuela Politécnica!

CRISTOBAL.

Un alumno de la escuela! y en estos tiempos ha ido á escojer otra carrera que la de las armas!..

ROBERTO.

Toma! si es ese su gusto! Le vas á buscar quimera por eso?

LEANDRO, *con dignidad y calma.*

Dejadle; vuestro hijo es en este momento desgraciado como lo somos todos; no hay de consiguiente agravio. (*pasa á colocarse entre Roberto y Cristóbal*) Me he dedicádo á las minas, Señor oficial, porque mi padre, veterano de la República, privado de las dos piernas en una de las mas gloriosas acciones de aquella época, juzgó que ya habia pagado su deudá á la patria, y que tenia derecho de quedarse con su hijo único para que le ganase el sustento, y le sacase á admirar el sol, el cielo y los árboles, á la puerta de su sencilla morada!.. Vos no sabeis lo que la tal resolucion me ha costado!... A los diez y ocho años soñaba yo con la gloria como vosotros! Cuando me vi precisado á separarme de mis compañeros de colejio que salieron para la frontera, me creí inconsolable! Y sin embargo, viéndome al cabo de seis meses al lado de mi padre, rodeado de operarios que me apreciaban, trabajando doce horas por dia... fuíme acostumbrando poco á poco á la profesion, como si hubiera nacido en ella... Pero no por ser minero deja uno de sentir en su pecho el ardiente amor de la patria, y de tener el corazon en su lugar... Asi que, no he necesitado hacer un grande esfuerzo para dejar la mina y correr á ayudaros en lo que he podido, luego que oí tronar el cañon en la frontera.

CRISTOBAL.

Vos?

ROBERTO.

Y se ha distinguido!.. una accion heróica!

LEANDRO, *haciéndole callar.*

No quiero alabarme de nada: me he batido probablemente peor que cualquier otro, porque ese no es mi oficio; pero de manera, sin embargo á hacer ver á los incrédulos que hay verdadero valor bajo la blusa del artesano, lo propio que bajo el uniforme del soldado.

CRISTOBAL.

Y despues de haber visto al enemigo frente á frente, despues de haber respirado el olor de la pólvora, habeis podido volver á emprender tranquilamente vuestro trabajo?

LEANDRO.

Cada cual tiene su oficio. Deber mio era hacerlo asi; luego que he visto la batalla perdida, y perdida tambien toda esperanza!.. hemos de abandonar la partida, y morir como desesperados porque la Francia se vea humillada, abatida? No, por Dios santo!... Es preciso vivir, para hacerla aun rica y poderosa, para devolverla su gloria y esplendor! Por eso es por lo que he regresado á la mina, y he vuelto á echar mano del pico y el martillo; porque debeis creerme, el trabajo!.. el trabajo es el manantial de toda riqueza y felicidad! y si hemos de ver mejores dias, es preciso que todo buen ciudadano recurra á ese medio.

CRISTOBAL.

Ese lenguaje podrá conveniros á vos; pero cuando se ha estado al servicio de un hombre como el Emperador, y durante cinco años se ha visto uno espuesto á los mismos peligros, no es posible abandonarle ya... Yo le seguí á la isla de Elba; y prometo seguirle al fin del mundo, si se vé proscrito de nuevo.

ROBERTO.

Desventurado! abandonar á tu padre!

CRISTOBAL.

Ah! mucho os quiero, padre mio, pero no hay para mí padre que valga en esta ocasion, y ya podeis ir preparando vuestros billetes de banco.

ROBERTO.

No he de darte un sueldo!

CRISTOBAL.

Pues bien, venderé mi cruz, mi sable; pediré limosna, si es preciso; y aunque me vea en el caso de servirle de criado, le acompañaré donde quiera que vaya, y tendrá al lado al menos un francés que le recuerde sus triunfos, y le ayude á sobrellevar su desgracia.

ROBERTO.

Vamos, ha perdido el seso.

PRIMER OFICIAL.

Yo, por mí, me levanto la tapa de los sesos.

ROBERTO.

Otro que tal!

ESCENA III.

DICHOS, MARIA, *corriendo.*

MARIA.

Señor! Señor!

ROBERTO.

Qué es eso?

MARIA.

Acaba de entrar un carruaje en el patio.

ROBERTO.

Un carruaje?.. ya sé... llega á tiempo. (*á los oficiales*) Vamos, Señores, venid á dar la mano á una mujer bonita!.. la Condesa de Rochebonne, la viuda de tu coronel... una jóven á quien yo he visto nacer... criada en casa, por decirlo asi.

CRISTOBAL.

La mujer de mi coronel, muerto en la Moscova!.. será posible!.. la que creiamos perdida en Rusia tres años há?

ROBERTO.

La misma que viste y calza; está de vuelta en Francia.

CRISTOBAL.

La mujer mas bonita del estado mayor, Señores... Salgamos á recibirla.

Vánse por el foro.

ESCENA IV.

MARIA, ROBERTO, LEANDRO, *al lado del bufete.*

ROBERTO, *á Maria.*

Vamos, tú, María... dispon la sala de tapices!.. abre todas las ventanas... que entre el aire.

Váse Maria por la izquierda.

LEANDRO, *con los ojos fijos sobre el plano de la mina y consigo mismo.*

Lo que pasa en la mina me tiene inquieto...

serán suficientes las precauciones que he tomado?

ROBERTO.

Ea, Señor director, la gratitud de una mujer bella y amable vá á recompensaros de vuestro noble comportamiento con su madre! No salís á recibirla?

LEANDRO, *separándose del bufete.*

Ya conoceis, Señor Roberto, mi estrema cortedad con las mujeres... y... os confieso francamente que con esta la tengo mayor que con otra alguna!..

ROBERTO.

Cómo?

LEANDRO.

La he visto ya...

ROBERTO.

Vos?

LEANDRO.

En esa granja inmediata á Waterlóo donde fuí á presentarme como voluntario... apenas entré, oí pronunciar el nombre de la Condesa de Rochebonne... volvíme á mirar, y ví una dama, pálida, pero hermosa entre las hermosas, rodeada de un sinnúmero de oficiales... Quise dirijirme á hablarla, pero un pensamiento me detuvo...—Qué vas á decirla?.. tú á quien ella no conoce! á quien jamás ha visto! tú no puedes hablarla mas que de su madre! desdichado, eso seria recordarla su desgracia!.. hacerla derramar lágrimas en presencia de ese jentío que la rodea!..—Esta idea sola me quitó el valor, y cuando pasó por delante de mí, pemanecí inmóvil y mudo...

ROBERTO.

Es posible? con qué no la habeis dicho nada?

LEANDRO.

Nada; pero noté que fijó en mí sus miradas, y aun me parece que yo debia ser el objeto de su conversacion con uno de los oficiales... Quizás repararia en mi turbacion, porque sin saber el motivo me sentia cortado y confuso delante de ella. Oia hablar en torno mio, sin poder dar razon de lo que decian, y creo que aun estaria allí, como si hubiera echado raices en aquel sitio, á no ser por la orden del jeneral Excelmans, por la cual tuve que montar á caballo y volver á tomar el camino de Valenciennes... Debo estar agradecido á dicha orden, pues no solo me ha proporcionado la ocasion de prestar un gran servicio al ejército, sino que gracias á ella, salí de aquella embarazosa situacion.

ROBERTO.

No acabo de volver en mí!.. una mujer bella y amable... que tantos favores os debe... Pues sabeis que os portais?.. qué pensará de vos cuando sepa que la habeis visto?..

LEANDRO.

Justamente... desearia que antes de presentarme á ella, hubiese alguno que la dijese cuál ha sido la causa de mi silencio y de mi turbacion.

ROBERTO.

Yo me encargo de eso, con tal que vos me prometais que esa escapatoria á la frontera será la última... que no os apartareis de la mina... y no volvereis á abandonar los trabajos...

LEANDRO.

Nada en el mundo seria bastante á separarme en el dia de aqui. El hundimiento que ocurrió durante mi ausencia, ha sido seguido de un signo que se prolonga y que me trae inquieto. Antes de marcharme dí orden de apuntalar las paredes de los pozos, y no sé si esta precaucion bastará; voy á arreglar las cuentas de la semana, á fin de bajar con los operarios á la hora de continuar sus trabajos.

ROBERTO.

Bajaremos juntos; vos sois mi providencia, amigo Leandro.

MARIA, *saliendo.*

La llave de la sala.

ROBERTO.

Sobre mi mesa debe estar; voy á dártela.

Váse por la izquierda.

LEANDRO, *echando una ojeada hácia el foro.*

Aqui viene!

Coje los papeles y un libro de rejistro de encima del bufete.

ESCENA V.

LEANDRO, *en el foro cojiendo los papeles.* Los OFICIALES, *un* AYUDANTE *de estado mayor, la* CONDESA *y* CRISTOBAL.

AYUDANTE, *á los oficiales.*

Sí, traidores y cobardes!

UN OFICIAL.

Cobardes!

Cristóbal se acerca.

CONDESA, *al ayudante.*

Ah! me habiais prometido olvidar ese desagradable suceso!...

AYUDANTE, *mas bajo.*

No, Señora, es una vergüenza!.. quiero decirlo delante de todo el mundo! la Francia entera lo sabrá. (*á los oficiales*) Sí, Señores, entre nosotros habia un cobarde... Un jóven...

CONDESA, *en tono de súplica.*

Por piedad!

AYUDANTE, *de pronto.*

Vos misma lo habeis advertido, y su palidez, y su miedo os han llamado la atencion como á mi!.. (*á los oficiales*) Pensé dirijirme á él con ánimos de avergonzarle y llevarle yo mismo frente al enemigo... pero habia desaparecido!.. Bajé á buscarle, y por prisa que me dí, solo pude divisarle á la salida del pueblo corriendo á todo escape hácia el camino de Valenciennes, y volviendo grupa al campo de batalla.

UN OFICIAL.

Miserable!

AYUDANTE.

Merecia que le hubiese muerto de un tiro!

CONDESA, *reparando en Leandro, á quien reconoce.*

Ah!..

El ayudante, cuya mirada ha seguido la direccion de la de la Condesa, repara en Leandro.

TODOS.

Qué es eso? qué teneis?

LEANDRO, *cerca de la puerta.*

Qué hermosa es!

Vase. El ayudante le sigue hasta la puerta.

AYUDANTE, *volviendo del foro.*

El es... Señores.

LOS OFICIALES.

El!

OFICIAL SEGUNDO.

Un alumno de la escuela!

CRISTOBAL.

Que se ha jactado delante de nosotros de haberse batido!

Todos dan un paso hácia el foro.

CONDESA, *deteniéndolos.*

Por piedad, Señores!.. Quizás nos hayamos engañado!.. Quereis que la única palabra imprudente que he aventurado en mi vida, sea para mí orijen de pesares y remordimientos eternos?

MARIA, *saliendo.*

Señores, cuando gusteis; estais servidos.

CONDESA, *á todos.*

El almuerzo os espera: olvidadlo todo, yo os lo ruego. (*al ayudante*) Y vos, Caballero, dejadme no pensar mas que en todo lo que os debo por la proteccion que hasta aqui me habeis dispensado. (*los oficiales saludan á la Condesa y se retiran. A Roberto que sale á este tiempo*) Ah! sois vos, amigo mio.

CRISTOBAL, *bajo, á los oficiales.*

Silencio delante de la Condesa, Señores... en la mesa arreglaremos este asunto.

Roberto hace seña á los oficiales que se van por la derecha.

ESCENA VI.

ROBERTO, CONDESA.

ROBERTO.

Por fin, Señora, tenemos el gusto de veros entre nosotros!.. Pobre prisionera! Tres años de padecimientos y privaciones!

CONDESA.

Ah! lejos estaba de prever, en medio de las desgracias que he sufrido, que la mayor de todas habia de alcanzarme aqui. Pobre madre mia! ya no la veré mas!.. muerta durante mi ausencia! cuando no me quedaba mas que ella en el mundo, y yo me lisonjeaba con la idea de poder disfrutar á su lado, la vida pacífica y tranquila de mis primeros años; porque como vos sabeis, amigo mio, yo no he nacido para la vida de ostentacion y de lujo á que estaba acostumbrado mi marido.

ROBERTO.

Vuestra madre era una digna Señora, á quien yo lloraré eternamente y que con nada podreis sustituir... pero en cuanto á vuestro marido... mucho habria que decir sobre eso...

CONDESA.

Roberto!

ROBERTO.

Sí, Señora, sí; un coronel de la Guardia un Conde, era un partido brillante para una jóven de medianos bienes como vos, y vuestra madre se dejó deslumbrar; pero, sed franca, ese enlace de que tanto se prometia, correspondió despues á sus esperanzas?

CONDESA.

Mi marido me amaba; seria muy ingrata si no respetase su memoria.

ROBERTO.

No digo lo contrario, era un hombre de bien;

pero os amaba á lo soldado, sin miramientos, sin que le detuviera consideracion alguna para imponeros un sacrificio... Dígalo si no, vuestra marcha á Rusia, detrás del ejército!..

CONDESA.

Esa marcha yo fuí quien la quise.

ROBERTO.

Sí, porque vos sois buena é induljente!.. pero no debió nunca consentir en ella, asi como debió poner un poco mas orden en sus negocios, y no derrochar en carruajes y arrumacos las tres cuartas partes de su patrimonio y del vuestro.

CONDESA.

Para qué necesito riquezas en el dia? Bástame tener lo suficiente para vivir aqui, en mi pais natal, donde yacen los restos de mi madre, al lado de sus amigos, que me recordarán sus virtudes y su cariño hácia mí... por esta razon he pensado desde luego en vos, y en la persona de quien me hablais en vuestra carta. Os he de confesar que como no os esplicais claramente sobre este asunto, creí al principio que el motivo de haberse dirijido mi madre á ese jóven, hubiese sido el encontrarse sin medios.

ROBERTO.

En efecto!.. fué en tiempo de la primera invasion... Yo estaba ausente, todos vuestros amigos habian emigrado, y vuestra madre se encontró apurada y sin recursos...

CONDESA.

Dios mio!

ROBERTO.

Su conflicto duró poco. Ese jóven de que os hablaba en mi carta, Leandro, un injeniero de minas, se presentó á ofrecerla sus servicios. La buena reputacion de que gozaba en Valenciennes no permitia que fuesen desechados. Vuestra anciana madre se veia privada de su hija querida, y en una situacion bastante crítica; él acababa de perder á su padre y se hallaba sin familia. La propuso su casa por asilo, y la rogó que le permitiese partir con ella su modesta posicion: admitió la oferta vuestra madre, y se vió rodeada de todos los obsequios y atenciones que pudiera prodigarla un hijo querido. Viendo este comportamiento no quiso separarse de él, cuando á mi vuelta le supliqué que dispusiese de cuanto yo poseia, y ha permanecido á su lado hasta sus últimos momentos.

CONDESA.

Escelente jóven! Cómo desquitarme con él! oh! cuanto en el dia poseo...

ROBERTO.

No lo penseis siquiera! no hay que hablarle de intereses! seria ofenderle... Es un jóven muy sencillo... algo uraño... pero el honor... la virtud misma... respetado y querido de todo el mundo! Es el oráculo de los propietarios de minas del pais, y el ánjel tutelar de todos los trabajadores. La suerte hizo que se hallase sin empleo cuando yo tomé posesion de este establecimiento, y le rogué que se encargase de su direccion.

CONDESA.

Luego está aquí?

ROBERTO.

Vais á verle dentro de un instante.

CONDESA.

Ah! que venga!

Aparece Leandro.

ROBERTO.

El es!

ESCENA VII.

CONDESA, ROBERTO, LEANDRO *en el foro.*

CONDESA, *mirándole.*

Cielos! desdichada! qué es lo que he hecho?

ROBERTO.

Qué teneis?

CONDESA, *bajo á Roberto.*

Apenas me atrevo á levantar los ojos... le habia visto ya...

ROBERTO, *idem.*

Sí, en la frontera! me lo ha contado; y la idea de renovar vuestras penas le afectó de tal modo que ni aun se atrevió á saludaros.

CONDESA, *idem.*

Si supiéseis el modo que yo tuve de interpretar su turbacion! Por la primera vez de mi vida he sospechado mal de una persona á simple vista... y mi injuriosa sospecha ha ido á recaer en un hombre como él!..

ROBERTO, *idem.*

Qué importa eso, no está ignorante de ello?.. Y aun cuando lo supiese, es tan bueno, tan jeneroso que os perdonaria al punto. (*á Leandro*) La Señora Condesa de Rochebonne.

CONDESA, *á Leandro.*

Caballero... qué no os debo yo?.. Quisiera hallar espresiones... Sé lo que habeis hecho por mi madre... vuestro cariño y atenciones para con ella!

LEANDRO.

He sido recompensado con usura de todo lo que he hecho, Señora; yo no habia conocido á mi madre. Al ver lo que la vuestra os queria, he comprendido por la vez primera lo que era semejante cariño, y he sentido nacer en mi corazon todo el respeto y la ternura de un hijo.

CONDESA.

Mi madre era tan buena! Oh! decidme, qué hacia? qué os decia? quiero saberlo todo. Vuestros recuerdos es lo único que ahora me resta de ella.

LEANDRO.

Vos érais su primero y último pensamiento de cada dia. No formaba un deseo, no hacia una súplica en la cual no pronunciase su boca vuestro nombre. Qué envanecida estaba de tener tal hija! Ya la vereis, me decia, es tan buena como hermosa!

CONDESA, *enjugando sus lágrimas.*

Y he podido abandonarla amándome tanto!.. Ah! mirad, una cosa hay que desearia saber!.. vuestra respuesta será mi sentencia, bien lo sé, pero tendré valor para oirla. Mi larga ausencia, los temores contínuos en que por mí vivia han sido la causa de su muerte, no es verdad?

ROBERTO.

Vaya una idea!

LEANDRO.

No Señora. Vuestra madre vivia inquieta sin duda alguna; pero yo he viajado bastante tiempo por Rusia y Polonia con el objeto de perfeccionarme en el estudio de mi profesion, y por lo tanto me hallaba en el caso de instruirla mejor que otro alguno acerca de los sitios en que vos os encontrábais, y de tranquilizarla sobre los peligros que su cariño de madre abultaba siempre.

ROBERTO.

Sí, luego que Leandro habia terminado sus quehaceres, venia á sentarse á su lado, y los tres nos poniamos á hablar de vos... Vuestra madre trazaba sobre el mapa el camino que debiais traer. El buen Leandro la animaba dándola esperanzas... y cuando se separaba de ella la dejaba siempre con el espíritu tranquilo, y el corazon lleno de alegría!

CONDESA.

Y sin embargo, el momento fatal estaba prócsimo.

LEANDRO.

Sí... á pesar de los socorros del arte, las fuerzas fueron abandonándola poco á poco... Una tarde me mandó llamar... vine corriendo... temia que estuviese peor... Cuál fué mi sorpresa?.. hallela por el contrario, mas tranquila que nunca... un rayo de esperanza como un destello del cielo, brillaba sobre su rostro apacible. Hízome seña de que me acercara! cojióme de la mano y me dijo: «Mañana voy á verla!... no lo dudeis!.. mañana!» Dejó caer en seguida su cabeza sobre mi pecho, yo la estreché entre mis brazos... creí que se habia desmayado... ah! (*con lágrimas*) ya no ecsistia!

La Condesa oculta su rostro en los brazos de Roberto. Momento de silencio.

CONDESA, *cojiendo la mano de Leandro.*

Habeis recibido el postrer abrazo de mi madre, y ya no podemos ser estraños el uno para el otro. Me creia sola en el mundo... pero me resta un amigo... un hermano! Sed dichoso, vos que tanto mereceis serlo. Esa será mi mas ardiente súplica en el retiro en que desde hoy pienso vivir.

LEANDRO.

Vos, Señora! abandonar un mundo en que estais acostumbrada á brillar.

CONDESA.

Sus placeres no han logrado fascinarme nunca. Por otra parte, aunque mis gustos fuesen otros, el reducido caudal que en la actualidad poseo me impone tal deber...

LEANDRO.

Será posible?...

ROBERTO, *á Leandro.*

No hay que inquietarse! lo que no es bastante para brillar en París, es suficiente para asegurar en provincia una ecsistencia cómoda é independiente... (*á la Condesa*) Os buscaremos una propiedad arreglada en las cercanías... Leandro correrá con eso.

CONDESA, *á Roberto.*

Sí, al lado vuestro, amigo mio. (*á Leandro*) Y si se presentase la ocasion de seros útil por las relaciones que dejo en la sociedad, ó por mí misma, espero que yo seré la primera en saberlo.

LEANDRO.

Señora, ya que es tanta vuestra bondad, quisiera pediros un favor.

CONDESA.

Oh! Hablad.

LEANDRO.

Entre los objetos que pertenecian á vuestra madre, y que han sido relijiosamente guardados, hay uno que ella apreciaba en mas que todos los otros, que no apartaba nunca de su lado, y que quiso que yo conservase en memoria suya. Conozco que me seria sensible desprenderme de él; vedle aqui.

Presenta á la Condesa una cajita que encierra un medallon.

CONDESA.

Ah! sea el que quiera, y no obstante que el mismo aprecio de mi madre le dá mayor valor á mis ojos, su voluntad será respetada! guardadle, Caballero, yo os lo ruego! guardadle siempre en memoria de ella.

LEANDRO, *estrechándole contra su corazon.*

No se apartará de mí nunca, Señora.

ESCENA VIII.

DICHOS, MARÍA, *que viene por la derecha.*

MARIA, *corriendo.*

Ya van acabando de almorzar los oficiales! han dado buena cuenta del vino, pero no por eso están mas alegres... al contrario, hablan todos á la vez... y meten un ruido...

ROBERTO, *á la Condesa.*

Retirémonos.

CONDESA, *á Leandro, que saluda.*

Nos dejais?

ROBERTO.

Va á dar un vistazo á los operarios, á dirijir los trabajos... Se acerca la hora en que tenemos que bajar á la mina; es una mina soberbia! y qué carbon! se le hace á uno la boca un agua al mirarlo!

CONDESA, *á Roberto.*

Ya me permitireis verla... esos trabajos son su gloria! su vida! quiero poder admirarle, amarle por todo el bien que hace. Nos veremos en breve, no es verdad?..

Ofreciendo su mano á Leandro. Vánse por la izquierda.

ESCENA IX.

LEANDRO, *despues* RAIMUNDO *y dos* MINEROS.

LEANDRO, *solo.*

Ah! he ahí el tesoro de gracia que fue el sueño de toda mi vida! qué alma tan bella! cuánta bondad! cuánto cariño hácia su madre!.. solo ambiciona una vida tranquila y oscura... un bienestar que no me seria difícil procurarla... Ah! puedo en fin declararla mi amor, jurárla á sus pies un cariño eterno! pero la viuda de un Coronel, de un Conde! qué digo? no hay acaso gloria, honor en mi profesion tambien! Ah! mi valiente padre tenia razon, cuando me decia: trabaja, trabaja, algun dia te envanecerás de ofrecer á la esposa de tu eleccion, una ecsistencia pura y honrada, y los goces de una medianía adquirida á costa del sudor de tu frente. Oh! padre mio! mi buen padre! yo venero tu grata memoria!

RAIMUNDO, *á Leandro.*

Los operarios empiezan á bajar por las escalas y vuelven á la tarea.

LEANDRO.

Quiero hallarme á su lado! voy corriendo.

Coje algunos instrumentos de encima del bufete.

RAIMUNDO.

Ahí fuera están aguardando los que deseábais ver antes de bajar.

LEANDRO.

Bien está, que entren. (*á los mineros que salen*) He sabido á mi regreso que hábeis abandonado el puesto que os fue confiado! vuestra falta ha sido causa de un desplome que compromete tal vez en este momento la ecsistencia de vuestros compañeros. Os impongo la multa de quince dias de jornal.

PRIMER MINERO.

Quince dias!

SEGUNDO MINERO.

Dice bien; esa es la pena.

LEANDRO, *continuando.*

Durante ese tiempo estareis destinados al acarreo, y no podreis bajar á la mina!

PRIMER MINERO.

Quince dias sin bajar á la mina! y ahora que vá á haber terremoto en el fondo del pozo!

LEANDRO.

Nos vereis espuestos al peligro que habeis ocasionado con vuestra falta, y sufrireis el castigo de no poder llevarle á medias con nosotros.

PRIMER MINERO.

No, no Señor, eso no; nosotros queremos bajar á la mina; quitadnos todo un mes de jornal si os parece, pero queremos partir el peligro con los camaradas, y una vez que hay rebullicio en las entrañas del globo, os pedimos que nos dejeis bajar.

SEGUNDO MINERO.

Sí, dejadnos bajar.

RAIMUNDO, *á Leandro.*

Ya lo veis, se arrepienten, y siempre son dos buenos brazos mas.

LEANDRO.

Sí, eso prueba que son honrados!.. no quiero tampoco ser severo hoy que me contemplo tan dichoso... (*á los mineros*) Ea, la multa está impuesta y pertenece á la masa, por lo tanto no puedo perdonarla, pero puedo pagarla de mi bolsillo; (*alegria de los mineros*) y en cuanto al peligro... será como querais... le correremos juntos.

LOS DOS MINEROS.

Eso es! bien por el director! gracias, Señor Leandro.

LEANDRO, *á Raimundo.*

El propietario bajará con nosotros... Preparad el tonel... una lámpara de seguridad... y vosotros, muchachos, seguid á vuestros camaradas.

Demostraciones de agradecimiento por parte de los mineros. Vánse estos y Raimundo. Leandro es detenido por los oficiales, que salen del comedor confusamente y hablando todos á la vez.

ESCENA X.

El AYUDANTE, LEANDRO, CRISTOBAL *y los* OFICIALES.

Los oficiales han cojido sus armas atropelladamente al levantarse de la mesa, y las colocan en medio de la escena sobre los muebles. Durante esta escena no cesan de estrechar á Leandro, Cristóbal apenas basta á contenerlos.

CRISTOBAL, *á Leandro.*

Caballero, una palabra!..

LEANDRO.

Soy todo vuestro.

AYUDANTE, *á Leandro.*

Habeis leido el diario de Valenciennes, Caballero?..

TODOS.

Sí... le habeis leido?

CRISTOBAL, *apartando á los oficiales.*

Vamos, Señores, le vais á sofocar! hemos convenido en que yo ventilaria este asunto. (*entrega un periódico á Leandro*) Leed eso, Caballero. (*Leandro abre el periódico, y lee*) Qué os parece?

LEANDRO, *con frialdad.*

Trémulo al oir el estampido del cañon!.. tomar huyendo el camino de Valenciennes!.. Ah! hay personas que han creido que yo huia!.. muy poco me conocen por cierto esas personas... y compadezco al alma caritativa cuya interpretacion ha dado márjen á tan absurdo error.

CRISTOBAL.

La persona que concibió primeramente esa sospecha, se halla á una altura á la que no pueden alcanzar vuestros tiros, y aparte de eso, ninguno de nosotros toleraria que se dudase de ella. Pero de lo que aqui se trata es de vos, Caballero! hácia dónde íbais á rienda suelta y volviendo la espalda al enemigo?

TODOS.

A dónde íbais?

LEANDRO, *fijando la vista en el número de su schapsy.*

Por quien soy que ahora que os miro, conozco que tendriais mas gusto de lo que á primera vista parece, en saberlo; pero me lo preguntais en un tono que no me permite decíroslo.

Va á marcharse; los oficiales le detienen.

CRISTOBAL.

Un momento!.. habeis dicho que sois alumno de la escuela Politécnica... yo y varios de estos Señores lo somos tambien, y hemos resuelto por el honor de la escuela, que si os negais á darnos una esplicacion satisfactoria de vuestra conducta, os obligaremos á batiros con uno de nosotros.

TODOS.

Sí, que elija.

Cristóbal los contiene.

LEANDRO.

Cuando un hombre ejerce una profesion en

que no pasa dia que no arriesgue veinte veces la vida, el desafío es un juego de chiquillos!.. es una simpleza!.. y el verdadero valor es hacer justicia de esto mismo. Por disputar el suelo de mi patria á los estranjeros, he podido olvidarlo todo, los deberes de mi profesion, la responsabilidad que pesa á toda hora sobre mí! pero he hecho juramento de acordarme de ello cuantas veces se me emplace á combates parciales. No me batiré.

Movimiento de los oficiales.

CRISTOBAL.

No os batireis!..

LEANDRO.

Decidme, Caballero, si fuéseis provocado en el momento de entrar en combate, y cuando de vos solo dependiese la salvacion de los soldados confiados á vuestras órdenes, qué es lo que hariais?

CRISTOBAL.

Aplazaria el lance para despues de la accion.

LEANDRO.

Pues bien, yo me hallo siempre, á toda hora, en el mismo momento en que os hablo, prócsimo á entrar en una batalla! de un instante á otro puede salir debajo de tierra un grito de muerte! doscientos obreros pueden llamarme en su ayuda! doscientos obreros, entendeis? esos son los soldados que yo mando: son mis hijos, mis compañeros! y yo estimo demasiado su vida para no esponer lijeramente la mia, que es la única salvaguardia. Os lo repito! ningun poder humano me obligará á batirme.

LOS OFICIALES.

Caballero!

CRISTOBAL.

Dejad, dejad!.. (*acercándose á Leandro*) Todo eso será muy santo y muy bueno; pero vos no querreis que os señalen con el dedo, que el primero que pase tenga derecho de deciros en la cara que sois un cobarde!

LEANDRO.

Cobarde!

CRISTOBAL, *acercándose mas.*

Esto es lo que vos no habiais previsto; ademas de que si las cosas quisieran llevarse militarmente... Qué diablos! hay medios de obligar á los mas recalcitrantes.

LEANDRO, *rápidamente.*

Cuáles, Caballero?

CRISTOBAL.

Vos los sabeis tan bien como yo... y sentiria mucho tener que tomar á mi cargo...

LEANDRO.

Cuáles, vuelvo á deciros?

CRISTOBAL.

Eh! no hay que calentarme mucho la sangre... os batireis de buena voluntad, se me ha puesto aqui... si no!

Hace ademan de levantarle la mano.

LEANDRO, *con ira concentrada.*

Os he dicho que la vida de doscientos obreros depende de la mia! si hubiese alguno tan privado de sentido y de razon que hiciese lo que pensais en este momento... (*coje un martillo de entre un monton de útiles*) le tenderia muerto á mis pies con este martillo, y no me batiría!

CRISTOBAL.

Vos! (*á los compañeros*) Es un reto, Señores.

Le dá un bofeton y se planta delante de él con los brazos cruzados. Leandro levanta el martillo.

LEANDRO, *levantando el martillo.*

Miserable!

OFICIALES, *rodeándole.*

Qué hacéis?

Le arrastran hácia la izquierda.

LEANDRO.

Deshonrado!.. Diez años de una vida irreprensible... todo perdido!.. (*arroja el martillo, los oficiales le sueltan. Yendo á Cristóbal*) Caballero, yo estaba demente, teniais razon, debe uno batirse... batirse á muerte.

TODOS.

Salgamos.

Movimiento de salida.

LEANDRO.

Pero antes quiero tener el gusto de daros la esplicacion que en vista de vuestro tono os negué. (*con fuerza*) He salido escapado por el camino de Valenciennes, volviendo grupa al campo de batalla, sabeis para qué, Señores? para sacar al segundo de dragones de los pantanos de Saint-Vizier, para llevarle á socorrer á vuestros compañeros de armas, y salvaros el honor á vosotros mismos. (*sacando el águila de un cajon del bufete*) Mirad!..

TODOS, *con entusiasmo.*

Nuestra águila, gran Dios!

CRISTOBAL, *precipitándose á cojerla.*

Nuestra águila!..

LEANDRO, *deteniéndole.*

No tal, no! me habeis arrebatado el honor! habeis desvanecido mis mas caras esperanzas, el sueño de mi vida! perezca ahora mi juramento, desplómese la mina!.. Ha de ser un duelo á muerte! vuestra arma?

CRISTOBAL.

Caballero!..

LEANDRO.

Vuestra arma!..

CRISTOBAL.

A vos os toca la eleccion.

LEANDRO.

La espada.

CRISTOBAL.

Sitio?

LEANDRO.

Aqui, al instante.

CRISTOBAL.

Vamos, veo que sois un valiente.

TODOS.

Sí, sí, es un valiente.

CRISTOBAL.

Mejor, asi será partida igual para darnos de estocadas! fuera las casacas! (*á los oficiales*) Poneos en acecho.

Redoble de tambor á lo lejos, y confusos gritos de: «los prusianos! los prusianos!» Los oficiales se precipitan hácia el foro, el ayudante sale un momento. Hasta el fin no cesan de tocar á rebato.

CRISTOBAL.

Qué es esto?

OFICIALES, *desde el foro.*

Los prusianos!

CRISTOBAL.

Los prusianos!

LEANDRO, *á Cristóbal.*

No me separo de vos.

CRISTOBAL, *volviendo á ponerse el uniforme.*

En el momento de la batalla se aplazan los desafios, vos mismo lo habeis dicho. (*á los oficiales*) Vamos á darlos las tornas, llevando al frente nuestra águila.

LEANDRO.

El águila que yo os he devuelto! no lo espereis; mientras yo viva no tendreis el gusto de seguirla! Es preciso que me mateis ó que yo os dé muerte. (*cojiéndole del brazo*) No os suelto!

ESCENA XI.

DICHOS, OFICIALES, SOLDADOS *y* MINEROS, *que acuden desordenadamente. El* AYUDANTE, *despues* ROBERTO *y* MARIA.

MINEROS *y* SOLDADOS.

Los prusianos! los prusianos!

AYUDANTE.

A caballo! el enemigo está en la llanura!.. El jeneral desemboca por el bosque y nos envia orden de reunirnos á él en el instante...

TODOS.

A caballo! á caballo!

LEANDRO.

No, no espereis que os deje!

Los oficiales le rodean y quieren soltar á Cristóbal,

AYUDANTE, *á Leandro.*

Es una locura, no podeis detenerle... cuando el estranjero está en Francia, á nuestra propia vista.

LEANDRO.

No!

CRISTOBAL.

El tiempo no mas de batir á los prusianos.

LEANDRO.

No, mil veces no.

AYUDANTE.

Volveremos todos.

Los oficiales arrancan á Cristóbal de manos de Leandro.

CRISTOBAL, *á Leandro.*

Mañana á las nueve, á la entrada del pozo, cerca del reló...—Vendré á buscaros...

LEANDRO.

Mañana... aguardar hasta mañana!

CRISTOBAL.

Sí, mañana, no temais, y antes si yo puedo! (*Roberto y Maria salen á este tiempo*) Adios, padre mio!.. Adios Maria!

Los abraza, coje el águila de encima del bufete y sigue á sus compañeros corriendo. Los oficiales y soldados salen por el foro.

LEANDRO.

Se me escapa!

ROBERTO, *á Leandro.*

Habeis visto temeridad igual, amigo mio? estoy cierto que esta vez no vuelve.

LEANDRO, *para sí.*

No volverá!.. y morirá con gloria él! mien-

tras que yo viviré deshonrado!.. No, corro á buscarle! oh! yo daré con él delante del ejército entero, aunque se halle á la cabeza de su compañia!

Corre hácia el foro.

ROBERTO, *deteniéndole.*

Qué es lo que veo? tambien este se ha vuelto loco... Leandro!.. mi buen Leandro!

LEANDRO.

Dejadme! dejadme!..

Todos corren á detenerle; pero él se abre paso y desaparece. Roberto es detenido por Maria y las mujéres. Se oye mas fuerte el toque de rebato, y se vé pasar por el foro á los mineros armados de picos, palancas y dalles. Cuadro muy animado.

ACTO SEGUNDO.

INTERIOR DE LA MINA DE CARBON.

El teatro representa una bóveda baja y achatada, compuesta de dos trozos de roca, cuya division está indicada por una hendidura; el de la derecha no ocupa mas que la cuarta parte del teatro. El pozo de la mina está abierto al través, y descansa su base sobre un maderaje compuesto de gruesas estacas, entre las cuales se divisa el tonel. El otro grupo de rocas, mas elevado, ocupa todo el resto de la parte superior del teatro; está apuntalado en muchos sitios y se apoya á la izquierda sobre otra roca que forma en su base muchas gradas, las cuales conducen á una galería lateral. Inmediatamente, detras del pozo, hay una senda que sube de izquierda á derecha, y conduce á las galerías superiores, de las cuales se ven varias aberturas; una de ellas es irregular, mas vasta que las otras, y presenta las señales de un hundimiento reciente. Enmedio del teatro hay un pozo con escalas, que baja á la parte inferior de la mina. Cerca del pozo, á la derecha, escaños y una mesa con planos é instrumentos de matemáticas.

ESCENA I.

RAIMUNDO, MINEROS, *despues* LEANDRO.

Al levantarse el telon se ven á uno y otro lado operarios metidos en hoyos de tres pies de elevacion que estraen el carbon á golpe de pico y martillo; cada uno tiene su lámpara de seguridad al lado; estos mineros reciben el carbon en carretoncillos de ruedas que vienen á descargar alrededor del tonel. Otros están ocupados en llenarle. Luego que está lleno, uno de los operarios tira de la campanilla, el tonel sube pausadamente y vuelve á bajar vacío. Este trabajo continúa durante esta escena y la siguiente. Raimundo cerca del pozo vijila los trabajos y apunta en su cuaderno el carbon que sale de la mina.

LEANDRO, *llegando por la senda que costea al pozo, y que baja de derecha á izquierda.*

No he podido alcanzarle... el caballo se precipitó al través del humo y las balas... ha desaparecido... Ahora tengo que devorar mi afrenta hasta mañana!.. mañana... á la entrada del pozo, á las nueve... ó antes, si puede ser... si, antes! no aguardaré á mañana (*con desesperacion*) Ah! por qué no me hirió con su espada, por qué no me atravesó el pecho é hizo correr mi sangre! entonces podria perdonarle!.. pero mi honor... Él lo ha querido... es preciso que muera... y morirá. Dónde estoy? me ahogo aqui?.. qué venia yo á hacer á este sitio... me parece que todo el mundo fija en mí sus miradas. (*á Raimundo*) Qué quereis?

RAIMUNDO.

Soy yo, Raimundo, el capataz. Vengo á saber qué opinais de esos puntales que hemos puesto en las paredes del pozo durante vuestra ausencia?

LEANDRO.

Esos puntales!.. no estaban antes...

RAIMUNDO.

Yo lo creo!.. como que vos nos encargásteis ese trabajo antes de marcharos.

LEANDRO.

Antes de mi marcha, y para qué?

RAIMUNDO.

Eso es lo que no nos habeis dicho.

LEANDRO.

Y si ya no me acordase ahora?

RAIMUNDO.

Quitad allá, eso es imposible!.. pusísteis tanto empeño en ello... Hicísteis varios apuntes y hablásteis de evitar un peligro de que estaba amenazada la mina.

LEANDRO.

Mi cuaderno... (*Raimundo le coje de encima de la mesa*) Un peligro... cuál?.. mil pensamientos se agolpan á mi cabeza... Hasta que no le haya muerto, estaré como loco! (*abre su cuaderno*) Si, ahora lo recuerdo. (*yendo al fon-*

do y escuchando) Siempre el mismo ruido! y he podido olvidarlo... Ah! no soy capaz de nada en este momento... no me encuentro en estado de conducir los trabajos, y ademas pudiera tener un azar... Es preciso preverlo todo... pongamos al menos en seguridad la vida de los operarios. Avisad al Sr. Roberto; necesito verle, hablarle en el acto.

Roberto y la Condesa aparecen por la izquierda del foro.

RAIMUNDO.

Anda enseñando la mina á una Señora jóven que ha preguntado varias veces por vos.

LEANDRO.

Ella!.. volver á presentarme delante de ella... me moriria de vergüenza. (*se dispone à salir, y se encuentra frente por frente de la Condesa*) Ah! ya es imposible salir sin que me vea!

Raimundo se retira al foro, donde continúa vijilando los trabajos.

ESCENA II.

DICHOS, ROBERTO, *la* CONDESA.

ROBERTO, *á la Condesa.*

Sí, Señora Condesa, cuando el amo baja á la mina es costumbre que pruebe la copa de los operarios, y que pague su escote con un cesto de frascos de aguardiente... Los perillanes saben lo que se hacen. Pero lejos de perder, se gana con eso; se ponen alegrillos y trabajan con mas ahinco que ningun dia.

CONDESA, *señalando á Leandro.*

Aqui le teneis.

ROBERTO, *á Leandro.*

Gracias á Dios que os vemos... echásteis á correr como un loco...

CONDESA, *á Leandro.*

Llevamos una hora viendo los trabajos de esas pobres jentes, cuya Providencia sois... qué ecsistencia la suya!.. y qué satisfaccion tan pura debeis sentir vos que los protejeis enmedio de tantos peligros! todos os quieren y os respetan! qué profesion tan noble y honrosa es la vuestra!

LEANDRO.

Mi profesion!.. (*reprimiéndose*) Sí Señora, lo es en efecto y me envanezco de ella.

CONDESA, *bajo á Roberto.*

Qué ajitado está!..

ROBERTO, *idem.*

En efecto! (*pasando al otro lado de Leandro*) Qué es eso? teneis alguna mala noticia?

LEANDRO.

No Señor, he visto á vuestro hijo pasar á galope por delante de los fuegos enemigos, y reunirse sin ningun tropiezo con el ejército francés. Dios proteja sus dias y nos le vuelva pronto!

ROBERTO, *apretándole la mano.*

Gracias por vuestros buenos deseos, amigo mio!

CONDESA, *bajo á Roberto.*

No advertis qué turbacion, qué palidéz?..

ROBERTO.

Si Señora, algo tiene. (*á Leandro*) Con todo no hay que afectarse mucho por Cristóbal, tiene una suerte loca, y es de esperar que salga bien, como siempre... yo, ya se vé, soy su padre, y cada vez que le veo marchar me atribulo; pero dejadle andar... es un niño que ya!.. lo mismo se le dá él del fuego y la metralla... que á vos de la mina y sus desplomes. Pues no digo nada cuando se trata de algun desafio... su adversario es hombre muerto, de seguro!.. En fin, yo no soy supersticioso; pero algunas veces tengo miedo de que Dios me tome en cuenta el número de almas que he despachado al otro barrio, por haber dado el ser á ese fierabrás. (*óyese dentro una campana*) Ah, tocan á almorzar! (*á la Condesa*) Es un espectáculo muy curioso!

CONDESA, *observando á Leandro.*

Prefiero quedarme aqui.

ROBERTO, *á Leandro.*

Venís vos?

LEANDRO, *á Roberto.*

Tengo que hablaros de cosas importantes.

ROBERTO.

Se trata de la mina?

LEANDRO.

Si Señor.

ROBERTO, *á la Condesa.*

Cuando yo os lo decia... Aun no hace quince dias que me ha presentado una relacion, de la cual resulta que ha duplicado los ingresos en el último semestre, y hétele ya dispuesto á presentarme la segunda. (*á Leandro, estregándose las manos*) Vuelvo al momento, amigo mio, vuelvo al momento.

LEANDRO, *siguiéndole.*

Pero es que...

CONDESA, *deteniendo á Leandro, y en voz baja.*

Quisiera hablaros.

LEANDRO.

Vos?

CONDESA.

Yo!

Van llegando mineros por todas partes, y mujeres de estos que bajan por la senda abierta en la direccion del pozo, con cestas debajo del brazo.

ROBERTO.

Qué se lleva de bueno en esa cesta, madrina?... (*mirándolo*) Sopas de ajo?.. bien huelen! (*á los mineros*) Ea, á comer el rancho, muchachos.

Vánse por la izquierda.

ESCENA III.

La CONDESA, LEANDRO.

CONDESA.

Voy á haceros una revelacion dolorosa, Caballero; pero el temor de que mi imprudencia y lijereza tengan consecuencias desagradables, me prestará ánimos para confesarme culpable.

LEANDRO.

Culpable! y de qué?

CONDESA.

Cuando os ví por primera vez en la frontera, interpreté mal vuestra turbacion. Agriada por mil sinsabores y desgracias, el pesar, ahora lo conozco, me hizo injusta y cruel.—En fin, una persona se atrevió á dudar en alta voz de vuestro valor... y esa persona fuí yo.

LEANDRO.

Vos?

CONDESA.

Sí, yo... si os han dicho que fue otro os han engañado. Yo sola soy la culpable: sola yo merezco vuestro ódio y vuestra indignacion.

LEANDRO.

Mi ódio! y por qué? por una sospecha á que dió márjen mi aspecto tímido y confuso; por una palabra sin importancia...

CONDESA.

Es que esa palabra fue oida por varios de los oficiales que estuvieron aqui, y tal vez haya sido repetida... Gran Dios! si alguno de ellos...

LEANDRO.

Tranquilizaos, no ha ocurrido nada... Tengo hecho voto ademas de evitar disputas... y la razon es tal que os tranquilizará completamente. En cierta ocasion tuve aqui mismo un lance, por una palabra, por una nada de que no debí haber hecho aprecio... Ambos combatientes salimos heridos; mi adversario, menos afortunado, sucumbió de las resultas; yo estuve cinco semanas en cama sin poder atender á los trabajos. Levantéme por fin, lleno de júbilo porque podia volver á cuidar de mis operarios á quienes miro como á mis mejores amigos; bajé á la mina, llamé al que mas queria y el cual nunca se separaba de mí... No me respondió... habia perecido, Señora! habia perecido víctima de un desplome, que yo hubiera impedido en menos de dos horas, si me hubiese hallado presente!.. Habia muerto por culpa mia llamándome en su ausilio!!! Juré desde entonces sobre su cadáver no volver á batirme jamás, y sin em... (*movimiento de la Condesa, Leandro se reprime*) Quiero, decir, Señora, que si se hubiese presentado una ocasion en que mi valor, hubiera sido puesto en duda, me hubiera armado de toda mi paciencia y sangre fria para no hacer aprecio de la provocacion; pero afortunadamente aun no ha sido necesaria esa prueba de valor y sufrimiento.

CONDESA.

Ah! aliviais mi corazon de un peso enorme con esas palabras. La idea de haber comprometido yo, que tanto os debo, vuestro honor y vuestra reputacion por mis imprudentes palabras, me estremecia. Solo me resta ahora suplicaros que me deis una prueba de que me perdonais en efecto; mostradme que no soy indigna de vuestra confianza, decidme, qué es lo que teneis?.. qué pesar os atormenta?

LEANDRO.

A mí!..

CONDESA.

Por qué apartais la vista? por qué rechazais la mano de vuestra hermana? Sí, una buena hermana, yo quiero serlo para vos!

LEANDRO, *conmovido.*

Una hermana!.. no me interrogueis, en nombre del cielo!

CONDESA.

Ah! luego convenís en ello! Ocultais un secreto que no quereis confiarme?

LEANDRO.

Escuchadme, Señora. Tal es la posicion en que ahora me hallo, que no puedo aceptar ese

título sino mas que con una condicion; y es que durante un dia, un solo dia, respetareis mi silencio y no me interogareis sobre un secreto que no revelaria ni aun á mi padre; quereis aceptar de mí con esta condicion, el título, el cariño de hermano?

CONDESA.

Sí, pronto estoy á obedeceros... hablad, qué debo hacer!

LEANDRO.

Subir de nuevo á la habitacion del dueño de la mina... y no preguntar á nadie por mí. Yo no podré veros en todo el dia... pero... mañana...

CONDESA.

Mañana?

LEANDRO.

Si, mañana os lo diré todo. (*llamando*) Raimundo?

CONDESA.

Ah! esta duda me mata! La desgracia que me ocultais os devora... Por qué desconfiar tanto de mi valor?.. yo sabria ayudaros á sobrellevarla!

LEANDRO.

Vos!.. jamás!.. silencio!.. alguien viene.

CONDESA, *aparte*.

Ah! muy terrible es esa desgracia!

Raimundo y Roberto salen por la izquierda.

ESCENA IV.

ROBERTO, *la* CONDESA, LEANDRO, RAIMUNDO *al foro*.

ROBERTO, *á Leandro*.

Ea, amigo mio, aqui me teneis todo á vuestras órdenes!.. los he dejado allá abajo bebiendo á vuestra salud y cantando en vuestro loor. Los pobres muchachos ciegan por vos.

LEANDRO, *bajo, á la Condesa*.

Cuento con vuestra promesa.

CONDESA.

Si Señor. (*para sí*) Es preciso que yo averiñe á toda costa el peligro que le amenaza.

ROBERTO.

Nos dejais, Señora Condesa? De buena gana os acompañaria, pero ya sabeis... (*señalando á Leandro*) la relacioncilla que tiene que enseñarme...

LEANDRO.

Raimundo, acompañad á la Señora Condesa.

Leandro acompaña á la Condesa hasta el foro, y la vé alejarse con Raimundo por la primera senda de izquierda á derecha, y desaparecer detrás del foro. Vuelve al proscenio.

ESCENA V.

LEANDRO, ROBERTO.

ROBERTO, *para sí*.

Pues, Señor, vamos á que nos regalen los oidos! no sé por qué, se me ha metido en la cabeza que me reserva alguna sorpresa agradable. (*arrastrando un escaño*) Pongámonos lo primero con toda comodidad.

LEANDRO, *deteniéndole*.

Es inútil, pocas palabras bastarán. Se trata de un peligro que amenaza á la mina.

ROBERTO.

Qué demonios decís?

LEANDRO.

Peligro que no es inminente, segun creo... pero que en caso de estallar, solo el saber y la presencia del jefe lograrán contener... y ya lo estais viendo, yo no soy dueño de mi mismo!.. me hallo entregado á la desesperacion... mil pensamientos ajenos á vuestros intereses fermentan en mi cabeza! mi conciencia, pues, me dicta el deber de manifestaros que no me encuentro en estado de dirijir á los operarios!

ROBERTO.

Pero qué es lo que ha pasado? decidlo, y os sacaremos de apuro.

LEANDRO.

Es inútil; vos no podeis nada en ello; ademas, de un instante á otro pueden venir á buscarme, y me veré en la precision de salir de la mina para no volver á entrar mas en ella tal vez.

ROBERTO.

Es decir que me abandonais?.. y el peligro estará aguardando quizás á que yo me quede solo para... Qué lástima! una mina soberbia! ni un tejazo me hubiese cojido tan de nuevas como la tal noticia.

LEANDRO.

Se ha presentado en la mina un fenómeno que no puedo esplicar. Desde el hundimiento

ocurrido antes que yo me ausentase á la frontera, no ha cesado de oirse el mismo ruido sordo y prolongado que precedió á aquel acontecimiento... Continúa sin interrupcion, no obstante las precauciones que he tomado, sin que me haya sido posible descubrir la causa! (*escuchando en el foro y hablando para sí*) Son tal vez masas de agua que intentan abrirse paso...

ROBERTO, *asustado.*

Cómo! hay agua ahí dentro?

LEANDRO.

Si Señor; manantiales que cada dia tenemos que agotar, porque si se les dejase tomar fuerza desaguarian con la violencia de un rio, y la mina pereceria por inundacion.

ROBERTO.

No hablemos de eso, por el amor de Dios! estamos lejos de semejante catástrofe, y esa idea de las masas de agua me parece desde luego muy inoportuna y muy desconsoladora; porque, en fin, el agua ocupa ahí un lugar inútil; es otro tanto carbon menos, amigo mio!

LEANDRO, *siempre en el foro.*

Quien sabe si son corrientes de aire que se han abierto comunicacion en las antiguas galerías abandonadas...

ROBERTO.

Aire ahora! pero, Señor! es decir que eso está hueco?

LEANDRO.

Cómo quereis que despues del tiempo que hace que esta mina es esplotada, no presente escavaciones considerables? á cada paso encontramos una. (*señalando al foro, á la abertura mas considerable de la parte superior*) Mirad, ahí teneis, sin ir mas lejos, la que se ha descubierto esta mañana por casualidad, y que conduce á una especie de laberinto, del cual seria imposible salir en el dia, por no ecsistir ya los antiguos planos que nos hubieran dado la clave.

ROBERTO.

Con que está hueco! hé ahí á lo que uno se espone! y los propietarios juraban y perjuraban que esto estaba lleno de carbon! bribones! me han dejado en camisa!

LEANDRO, *volviendo al proscenio.*

En nombre del cielo, escuchadme! No puedo responder de hallarme presente en el momento del peligro... y como nadie puede reemplazarme por ahora, no teneis mas medio de salvacion... que mandar cesar los trabajos.

ROBERTO.

Cesar los trabajos!

LEANDRO.

En el acto.

ROBERTO.

Misericordia! cesar los trarajos! y mis accionistas, que dirán? No, es imposible!.. pero no hay que aturdirnos! vais ahora mismo... yo... (*aparte*) Ay, Dios mio! yo no sé lo que me digo.. (*alto*) En fin, hasta ahora no se trata mas que de un ruido, que tendrá tal vez por causa la cosa mas sencilla. Dónde se oye en primer lugar?

LEANDRO.

En todas partes! Venid, colocaos aqui.

Le coje de la mano y quiere llevarle á la izquierda.

ROBERTO, *dudando.*

No hay peligro?

LEANDRO.

Ninguno! Escuchad.

ROBERTO, *despues de un instante de silencio.*

No oigo nada!

LEANDRO.

Y yo le oigo ahora perfectamente! mas amenazador! mas terrible!

ROBERTO, *temblando.*

No... no hay que aturdirnos... amigo mio, yo solo deseo que la cosa se arregle!.. Vos suponeis que hay peligro?.. Segun decís es un ruido... yo confieso que no oigo nada. (*movimiento de Leandro*) No importa, el ruido ecsiste, partamos de ese principio. Pues bien, hay mas que enviar cuatro operarios á la descubierta... Se les dice que vayan corriendo á ver lo que es, y que vuelvan á decírnoslo.

LEANDRO.

Eh! quereis que corran al través de masas de carbon?

ROBERTO.

No! verdad es; eso no puede ser! no hay que aturdirnos! busquemos otro medio!

Vuelve á escuchar al foro.

LEANDRO.

No hay mas que uno! cada golpe de piqueta de vuestros operarios acelera tal vez la catástrofe.

ROBERTO, *desde el foro.*

Pero Señor, y decir que yo no oigo nada, nadita, nadita!!

LEANDRO.

En fin, quereis mandar cesar los trabajos?

ROBERTO, *volviendo al foro.*

No, es imposible! es imposible! una mina soberbia!

LEANDRO.

Ya estais advertido, yo no soy mas que el ajente, vos sois el amo. Desde este momento todas las consecuencias de vuestra obstinacion pesan sobre vos; rogad al cielo que yo me halle aun aqui, si acontece la desgracia que he previsto, á fin de que pueda ausiliaros.

Déjase caer sobre un escaño de la izquierda.

ROBERTO, *esasperado.*

Está visto, quiere asustarme... ni entiende una palabra!.. yo me pasaré sin él!.. Si Señor, me pasaré sin vos! yo no tengo miedo! ni el mismo Napoleon me ha metido miedo á mí, y cuando me he retirado delante de él ha sido dejando el campo cubierto de... mis capitales! Yo (*para sí*) voy á ponerme á la cabeza de mis operarios! yo solito! todavia no saben de lo que yo soy capaz.

Enrédansele las piernas en las cuerdas y utensilios colocados alrededor del pozo, y cae de hocicos.

LEANDRO.

Cuidado!

ROBERTO, *levantándose.*

Qué tal? oh! esto no es nada para lo que tengo que ver! no me pillará de nuevas! pero abandonar mis capitales! primero me enterrarán con ellos!

Baja precipitadamente por la escala de enmedio.

LEANDRO, *solo, mirándole bajar.*

Insensato!.. pero ya está prevenido... he hecho mi deber!.. que venga su hijo ahora... he dado órden de que bajen á avisarme en cuanto le divisen! hasta entonces permaneceré aqui oculto á todas las miradas! no quiero volver á aparecer á la faz del cielo sino para vengar mi afrenta.

Siéntase cerca de la mesa de la derecha, ocultándose el rostro entre las manos. La Condesa y Raimundo bajan precipitadamente por la senda que costea al pozo.

ESCENA VI.

La CONDESA, RAIMUNDO, LEANDRO, *á poco* CRISTOBAL.

CONDESA, *viendo á Leandro.*

Aqui está!

RAIMUNDO, *en voz baja.*

Temo dejaros aun, Señora. Habeis formado empeño en volver... y yo respondo de vos al director de la mina...

CONDESA, *idem.*

Vedle allí! qué temeis? dejadnos solos os ruego. (*Raimundo baja por la escalera de enmedio. Para sí*) Oh, Dios mio, lo que me ha dicho la criada de Mr. Roberto!... los ha visto... le provocaron... Es un duelo! van á batirse á su regreso!.. y soy yo! yo!.. Es preciso que le saque de aqui, que le aparte de estos sitios. Enjugemos mis lágrimas. (*acercándose á él*) Caballero!

LEANDRO.

Vos aqui!

CONDESA.

Perdonad! estoy tan turbada! un acontecimiento que estábamos lejos de prever, me obliga á volver, y... vengo á buscaros.

LEANDRO.

A buscarme! para qué? yo no puedo separarme de este sitio...

CONDESA.

Es preciso sin embargo! una persona ha venido...

LEANDRO.

Una persona! quién?

CONDESA.

Una mujer que os llama, que reclama vuestro ausilio, porque se encuentra en un gran peligro.

LEANDRO.

En peligro?

CONDESA.

Sí, no os decide esa palabra, cuando socorrer á los desvalidos es vuestra ley suprema? Debeis olvidarlo todo porque os llama en su ausilio una persona que vá á perecer.

LEANDRO.

A perecer!.. pero dónde? cómo?.. qué es lo que ha pasado?

CONDESA.

No puedo decíroslo; solo sé una cosa, y es

que vá á morir; os juro que se muere si no me seguís.

LEANDRO.

Disponed de mí! marchemos!

CONDESA, *para sí.*

Se ha salvado.

Llévasele; al llegar al pie de la senda aparece Cristóbal en la parte superior.

CRISTOBAL, *saliendo.*

Por fin llegué!

CONDESA.

Ah! todo se ha perdido!

LEANDRO, *trayéndola al proscenio.*

Me engañábais! lo sabiais todo! habeis querido hacerme cometer una vileza, Señora!

CONDESA, *juntando las manos.*

Por piedad!..

LEANDRO.

Probadme lo contrario... Ya está aquí, no pronuncieis una palabra!

La hace pasar al lado del pozo.

ESCENA VII.

CRISTOBAL, LEANDRO, *la* CONDESA.

CRISTOBAL.

Dos mil escalones! creí que no acababa nunca! (*reparando en la Condesa*) La Condesa!

LEANDRO, *bajo.*

Bien llegado, Caballero! estoy á vuestras órdenes, no digais nada.

CRISTOBAL, *idem.*

Solo la gravedad de la ofensa que os he hecho, ha sido capaz de obligarme á volver... Las últimas noticias no dejan ninguna esperanza... ya no hay ejército! el Emperador (*enjúgase una lágrima*) es desterrado! el Emperador! Mis compañeros tocan retirada y esperan poderse reunir á él, y verle por última vez... yo entretanto me he visto en la precision de volver á este sitio... solo!

LEANDRO, *siempre en voz baja.*

Solo! y los padrinos?

CRISTOBAL, *idem.*

No pueden estar aquí hasta mañana á las nueve, á la hora de la cita; pero dos hombres de honor bien pueden pasarse sin ellos, en vista de las circunstancias... He pensado que desearíais acabar cuanto antes, y traigo todo lo necesario.

Abre la levita y deja ver dos espadas.

LEANDRO, *idem.*

Os agradezco esa atencion! Vamos!

Quiere llevársele. La Condesa le detiene.

CONDESA, *á Cristóbal.*

Capitan, vuestro padre está lleno de inquietud porque os cree todavía ennedio del peligro! no podeis marcharos sin verle, sin tranquilizarle; voy á hacer que le avisen...

CRISTOBAL.

No, es inútil; le veré mas tarde... Un asunto que no puedo diferir...

LEANDRO, *bajo.*

Marchemos!

Cristóbal se aleja.

CONDESA, *á Leandro.*

Quiero seguiros, quiero estar á vuestro lado!

LEANDRO.

Acordaos de vuestra promesa, Señora, habeis jurado obedecerme. Una vez que habeis vuelto, á pesar mio, ecsijo ahora que os quedeis aquí! lo ecsijo!

CONDESA, *arrojándose en sus brazos.*

Eso que pedís es superior á mis fuerzas! no me aparto de vos!

Leandro la trae violentamente hasta el proscenio.

LEANDRO.

Señora, ese hombre me ha puesto la mano en el rostro! (*movimiento de horror de la Condesa*) Me obligareis á invocar el nombre de vuestra madre, á recordaros lo que he hecho por ella? Vuestra madre me queria y me estimaba! Si vuestra madre se hallase en vuestro lugar se hubiera dejado caer de rodillas, (*la Condesa se deja caer de rodillas*) rogaria por mí al Señor, pero jamás se la hubiera ocurrido el pensamiento de que yo pudiera vivir deshonrado! (*la Condesa junta las manos en silencio)* Vamos, Caballero.

Dirijense hácia el foro.

CONDESA.

Qué es lo que he oido! su voz me ha dejado yerta! Se alejan! Dios mio! tened piedad de mí!

ROBERTO, *con voz ahogada debajo del teatro.*

Socorro! favor!.. socorro!..

CONDESA, *corriendo á la escala de enmedio.*

Su padre!.. el cielo le envia. (*á Cristóbal, que desaparece por la derecha*) Ah! Capitan, es la voz de vuestro padre!..

CRISTOBAL.

Qué decís?

LEANDRO, *tirando de él.*

No lo escucheis; os engañan!

CONDESA.

No, llama en su ausilio; algun peligro le amenaza.

Los gritos se oyen mas cerca.

LEANDRO, *tirando de Cristóbal.*

Oh! no aguardo mas.

Roberto sale del agujero.

CRISTOBAL, *precipitándose hácia la escalera de enmedio.*

Padre mio!

Leandro le sigue precipitadamente hasta el proscenio.

LEANDRO.

Maldito contratiempo!

ESCENA VIII.

CRISTOBAL, LEANDRO, ROBERTO *con la cara y las manos cubiertas de carbon. La* CONDESA, *á poco* RAIMUNDO.

ROBERTO.

Todo se ha perdido! dónde está mi salvador?

LEANDRO.

Hablad, qué hay?

ROBERTO.

Yo no lo sé, amigo mio... no puedo decirlo; pero todo se ha perdido! Eché á andar á tentones por la oscuridad, porque al separarme de vos tenia una confianza en mí mismo, pasmosa. De repente se desprenden dos masas de rocas y vienen rodando hasta mis pies... se levanta una polvareda que me tapa los ojos... y me encuentro metido en carbon hasta las rodillas... Raimundo acudió á mis gritos... Yo no sé por dónde me ha hecho pasar; pero todo se ha perdido, no me cabe duda!

LEANDRO, *observando la bóveda y los puntales.*

No Señor, ningun puntal se ha movido: es un desplome sin importancia. Ademas, Raimundo se halla en el sitio del peligro y atenderá á él... Os he advertido que dejaba la mina. (*á Cristóbal*) Vuestro padre está sano y salvo... ya lo habeis visto... marchemos!

Al tiempo de volverse se encuentra con Raimundo que ha subido precipitadamente por la escala de enmedio.

RAIMUNDO, *en voz baja, á Leandro.*

No podeis iros! la mina entera está amenazada!..

LEANDRO, *con rabia comprimida.*

Maldicion!

RAIMUNDO.

El agua entra por torrentes... las bombas son ineficaces.

ROBERTO.

Qué oigo?

CONDESA, *bajo, á Leandro.*

Os observan.

LEANDRO, *idem.*

Sí, vos me recordais mi deber... os lo agradezco. (*á Cristóbal*) Una orden que tengo que dar me obliga á separarme de vos por algunos momentos... Prometedme que aunque intenten disuadiros...

CRISTOBAL.

Juro por mi honor aguardaros hasta que volvais.

LEANDRO.

Bien está. (*á Raimundo*) Vamos!

Baja con Raimundo por la escala de enmedio.

CONDESA.

Seguidle! (*á Raimundo*) que no se esponga! En nombre del cielo, velad por él.

Raimundo baja.

ROBERTO, *cerca del agujero.*

Vos sois mi paño de lágrimas! cuidado con cometer ninguna imprudencia! bajad poquito á poco.

ESCENA IX.

CRISTOBAL, ROBERTO, *la* CONDESA.

ROBERTO.

Pues Señor, ya no tengo miedo; está él allí. Es un hombre esencialísimo! (*reparando en Cristóbal*) Pero tú, Cristóbal, qué es lo que vienes á hacer á la mina?

CONDESA.

Qué es lo que viene á hacer? á atentar contra la vida del que es vuestra áncora de salvacion! viene á buscarle para batirse.

ROBERTO.

Para batirse!

CONDESA.

No ha reparado en afrentarle indignamente.

ROBERTO.

A un hombre sin el cual no puedo pasarme! qué es lo que has hecho, desgraciado?

CONDESA.

Ah! ha sido una afrenta infame!.. poner la mano en su rostro.

ROBERTO, *á su hijo.*

Y osas presentarte delante de mí, despues de tal accion!

CRISTOBAL.

Ahora la deploro tanto como vos, padre mio, es un hombre pundonoroso y valiente... Pero lo hago por él, su honor lo ecsije!

ROBERTO.

Mira, ahora mismo vas á marcharte.

CONDESA.

Si.

CRISTOBAL.

Nunca.

CONDESA.

Capitan!

ROBERTO.

Calla, no te se cae la cara de vergüenza? Ir á comprometer la mejor especulacion que he emprendido en mi vida!.. (*le dá su cartera y su bolsa*) Mira, toma, toma! esta mañana decias que querias ir á reunirte con tu Emperador? ahí tienes dinero! toma la posta y que no vuelva yo á oir hablar de tí!..

CONDESA.

Escuchad á vuestro padre!

CRISTOBAL, *echándole los brazos.*

Con que consentís al cabo!

ROBERTO.

Si, en que te vayas... al fin del mundo, si es posible... y cuidado con darme señal de vida...

CRISTOBAL.

Os juro que al punto que haya terminado...

ROBERTO.

Al instante, al instante! no te concedo un minuto! (*salen varios operarios por la izquierda trayendo madera de carpintería que bajan por el agujero de enmedio. Roberto detiene á uno de ellos*) Oye, tú, Topo, vas á ensillar arriba dos caballos y á llevarlos detrás de los almacenes, donde aguardarás á mi hijo que subirá á buscarte. Le acompañarás hasta Valenciennes, á todo escape... lo oyes? despacha.

TOPO.

Voy corriendo.

Vuelve á subir por el mismo sitio y desaparece detrás del pozo.

CRISTOBAL.

Pero padre mio, advertid...

ROBERTO, *llevándole hasta el foro.*

No escucho una palabra, vete.

CONDESA.

Sí, partid.

Oyese un crujido subterráneo.

CONDESA, ROBERTO.

Gran Dios! qué es esto?

Precipítanse hácia la entrada de enmedio; Raimundo con medio cuerpo de fuera esplica lo que pasa abajo. Roberto y la Condesa escuchan con ansiedad. Vuélvese á emprender de nuevo el trabajo, y bajan la última viga.

CRISTOBAL, *solo en el proscenio.*

No hay tiempo que perder, es preciso acabar de una vez. Asi como asi, llevo sobre mí las espadas... en una de las galerías... encenderemos una linterna!.. y estaremos á las mil maravillas. (*detiene á un operario que pasa*) Decid, amigo mio, podriais avisar al director, que deseo hablarle dos palabras.

PRIMER OPERARIO.

Imposible, Señor, está ahora abajo y tiene para rato.

CRISTOBAL.

Pues bien, podré ir yo á buscarle?

OPERARIO.

No teneis mas que tomar esa escala abajo.

Señalando á la de enmedio, á la cual se dirije.

CRISTOBAL, *deteniéndole.*

No, no, por ahí no. (*para sí*) Me veria mi padre... (*al operario*) No puedo pasar por ahí...

OPERARIO.

Entonces, tomad la otra escala que hallareis en la galeria del norte, allá, á lo último! Hay que subir un poco... despues tomais á la izquierda, volveis á la derecha, y siempre á la derecha... Quedad con Dios, me están esperando.

Bájase por la escalera de enmedio.

CRISTOBAL, *dirijiéndose hácia la izquierda.*

La galería del norte... siempre á la derecha...

ROBERTO, *volviéndose á su hijo.*

Cómo! todavía aquí?

CRISTOBAL.

Sí, padre mio, ya me voy! estoy decidido! no os enfadeis! Un abrazo, y quedad con Dios!

Le abraza.

ROBERTO.

Desventurado! cuándo volveré á verte?..— Pero no pierdas un minuto!.. puede subir de un

momento á otro... Anda, bendito de Dios!.. al escape, entiendes? (*le acompaña hasta la senda del foro, le vé subir, y en seguida se vuelve precipitadamente á la escala de enmedio, por la cual sube á este tiempo Raimundo*) Vamos, qué hay?..

RAIMUNDO.

Es un manantial mas abundante que los otros. Hemos logrado atajarle á fuerza de trabajo, y creo que ya estamos fuera de peligro.

ROBERTO, *á la Condesa.*

Era agua! estábamos amenazados de una inundacion! nos ha salvado del diluvio!.. Pero aqui viene.

Cristóbal, apenas se ha separado de su padre, ha vuelto á bajar por el camino por donde finjia subir, camina con precaucion para no ser visto de su padre, coje una lámpara y se mete por la izquierda en la mina.

ESCENA X.

ROBERTO, *la* CONDESA, LEANDRO, RAIMUNDO, OPERARIOS, MARIA.

ROBERTO, *junto al operario y hablando á Leandro que sube por la escala.*

Confieso que sois profeta, amigo mio!.. esas masas de agua eran la causa del ruido que yo no oia esta mañana, y que vos habeis adivinado! quién habia de figurárselo?

LEANDRO.

No Señor, la causa del ruido no debe ser esa, porque el agua se ha abierto paso, y el ruido que se escuchaba continúa todavía.. De dónde proviene? (*señalando á la pared del foro*) No tengo mas que un temor ahora, y es que detrás de esas masas de carbon, sobre las cuales estriba la mina, se encuentren trabajos antiguos... un abismo!.. Es preciso cerciorarnos de ello!.. traed la sonda! diez hombres aqui... (*un operario se retira á avisarlos*) Raimundo! el plano de la mina!..

CONDESA.

Temeis un peligro! ah! quiero estar á vuestro lado.

LEANDRO, *haciéndola sentar.*

No os alejeis, Señora, quedaos aqui junto á Mr. Roberto.

ROBERTO.

Me haceis el favor de decirnos qué es lo que vá á pasar, amigo mio?

Leandro y Raimundo se acercan á la mesa, sobre la cual estienden el plano. Roberto y la Condesa se agolpan alrededor de ellos con inquietud. Mientras que Leandro discute con Raimundo lo que vá á hacer, Cristóbal aparece por la izquierda en lo alto del camino del foro, dirijiéndose de una abertura á otra, y como indeciso de en cuál de ellas debe entrar.

CRISTOBAL, *arriba.*

Será aquí?.. no! me ha dicho la primera á la izquierda... Ah! una de estas debe ser... Aqui es...

Desaparece por la antigua abertura.

LEANDRO, *volviéndose.*

El peligro está allí!

Señala á las masas sobre las cuales gravita la abertura por donde Cristóbal ha entrado.

RAIMUNDO.

Aqui teneis los hombres que pediais.

LEANDRO.

Vamos.

Salen los mineros trayendo la sonda. Leandro tranquiliza á Roberto y á la Condesa. Agrùpase todo el mundo con inquietud. Diez trabajadores empujan la sonda á compás; al cuarto golpe ruido, desplome. Varias porciones de roca caen por delante de la antigua galería por donde entró Cristóbal, y la obstruyen.

TODOS.

Gran Dios!

RAIMUNDO.

La abertura de la galeria antigua ha sido obstruida.

LEANDRO.

Habia algun minero en esa parte de la mina?

RAIMUNDO.

Ninguno.

LEANDRO, *á los mineros.*

Eso no es nada, lo habia previsto, continuad. (*acaban de dar con la sonda y la retiran. Momento de silencio y espectacion. Sale de repente y con violencia un golpe de humo blanco y pajizo*) Fuego! es fuego!

Cierra la abertura practicada por la sonda, con un tapon que dos operarios meten á martillazos.

TODOS.

Fuego en la mina!

Movimiento de terror.

LEANDRO.

Raimundo, las campanas de socorro! corred á la galería del norte... á los puntales de abajo; reunid á los operarios de todos los puntos de la mina, y pasad lista.

Raimundo vá al foro. Oyense campanas á varias distancias y en diversas direcciones.

RAIMUNDO, *con el cuaderno en la mano.*

La Faillou!

UN OPERARIO.

Presente.

RAIMUNDO.

Grimon.

OPERARIO SEGUNDO.

Aqui está.

RAIMUNDO.

Blas, Picard, Vicente, Mateo.

A cada nombre contesta un minero. Los operarios que van acudiendo á la voz de Raimundo toman sus órdenes y desaparecen por varios lados. El sonido de las campanas se aleja.

LEANDRO, *á Roberto.*

Qué decís ahora? tenia yo razon en querer suspender los trabajos?

ROBERTO, *inquieto.*

Y dónde van? qué pretendeis hacer?

LEANDRO.

Dejar la mina.

ROBERTO.

Dejar la mina! pero hombre, si yo no veo que todavía se mueva nada.

LEANDRO.

Aun cuando la mina hubiese de subsistir tal cual está, el gas que vá á desprenderse de sus paredes, y á invadirlo todo dentro de un instante, es la muerte!

ROBERTO.

La muerte!.. Vámonos corriendo!

LEANDRO, *deteniéndole.*

Qué vais á hacer? Vos no podeis dar el mal ejemplo del abandono y la desesperacion! Como dueño del establecimiento vuestro sitio es á mi lado; no debeis salir sino el último.

ROBERTO, *aparte.*

Dónde diablos me he metido yo?

LEANDRO.

Vuestro hijo, dónde está vuestro hijo?

ROBERTO.

Se marchó hace mucho tiempo.

LEANDRO.

Se marchó?.. le habeis visto vos?.. estais seguro de ello?

ROBERTO.

Sí; habló de una cita... dijo que era cosa convenida.

LEANDRO, *para sí.*

Bien está, me aguardará.

Estruendo y gritos debajo del teatro. Varios mineros suben por la escalera.

MINERO SEGUNDO.

Los puntales de abajo han cedido.

LEANDRO.

Vais á subiros al instante, Señora.

CONDESA.

Quisiera quedarme aun... voy á estar muy inquieta.

Ruido arriba, y acuden atropelladamente otros mineros gritando.

MINERO SEGUNDO.

La galería del norte se ha hundido.

LEANDRO, *tirando de la Condesa, y llevándola hácia el cesto del pozo.*

Señora, no puedo permitir que esteis un momento mas aqui.

Tira de la campanilla, despues de haberla colocado en el tonel. Van llegando al propio tiempo mineros de todas partes, de arriba, de debajo de tierra, de ambos lados, y buscan una salida atropelladamente.

MINEROS *en tropel, yendo de un lado para otro y con muestras de un terror pánico.*

A las escalas! á las escalas!

RAIMUNDO, *sacando el cuerpo por el pozo.*

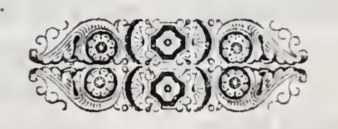
Deteneos, desgraciados! tres de vuestros compañeros acaban de desaparecer ante mis ojos!

Todos se precipitan hácia el pozo, dando un grito.

LEANDRO, *poniéndose delante de ellos.*

Nada de confusion! obedecedme... valor, serenidad, y yo respondo de su vida.

Los mineros se agrupan alrededor del pozo; Leandro empieza á bajar. Oyese al mismo tiempo un crujido horrible, los puntales se desquician, unos saltan hechos pedazos, otros se desprenden y vienen al suelo; toda la parte izquierda de la mina cede y viene á tocar casi con la cabeza de los operarios; movimiento de terror universal. Las rocas al desquiciarse se entreabren y dejan ver á lo lejos el foco del incendio, cuyo resplandor ilumina todo el teatro. Todo el mundo lanza un grito y hace un movimiento de terror; la Condesa, trémula, quiere arrojarse hácia Leandro. El tonel sube lentamente. Cuadro final.



ACTO TERCERO.

El teatro representa el patio donde se halla la entrada del pozo; al foro el pozo con sus ruedas y cabrestante, y el tonel á flor de tierra; á ambos lados los cuerpos del edificio. A la derecha el reló; á la izquierda una puerta que corresponde con lo interior de la casa. Puerta cochera al foro; útiles y pilas de carbon diseminados por la escena.

ESCENA I.

LEANDRO, ROBERTO, *la* CONDESA, MARIA, OPERARIOS, HOMBRES *y* MUJERES.

Al levantarse el telon aparece Leandro rodeado de jente; hombres, mujeres y niños le festejan y aplauden; todo el mundo ha salido de la mina; se abrazan, se dan el parabien de haber escapado del peligro.

OPERARIOS.

Viva nuestro valiente director!

MARIA, *acudiendo presurosa.*

Dónde está, dónde está ese bendito que ha salvado á mi amo? Quiero darle un abrazo muy apretado.

Echándole los brazos al cuello.

LEANDRO.

Vamos, no tanto, no tanto, que me ahogais.

MARIA.

Qué es ahogar?.. No hay aqui ni vieja ni moza que no os diera un millon de abrazos por lo que habeis hecho... Sois nuestro salvador, y ya podeis disponer desde ahora de todos nosotros; os serviremos con alma y vida, no es verdad, muchachos?

OPERARIOS.

Sí, si, viva nuestro director!

LEANDRO.

Gracias, amigos mios, gracias!.. hemos hecho cada cual nuestro deber, vosotros me habeis ayudado y yo os he cumplido mi palabra! (*señalando á tres operarios que llevan el brazo en cabestrillo, y la cabeza vendada*) Gracias á nuestros esfuerzos, esos tres desgraciados han logrado salvarse, y tenemos la dicha de haber todos vuelto á ver la luz del dia, sin que un solo hombre haya dejado de contestar á la lista! Es toda una victoria! (*señalando el pozo, de donde empieza á salir humo*) Acudimos á tiempo... algunos minutos despues hubiéramos perecido todos sin remedio.

Todo el mundo dirije sus miradas hácia el pozo. Movimiento de terror. Los operarios y mujeres señalan al humo mirándose recíprocamente, y se acercan á Leandro. A este tiempo sale de la casa Roberto con la Condesa: María vá á su encuentro y le sostiene.

ROBERTO, *á María.*

Con tiento, por Dios; estoy molido, hecho pedazos. Ese pícaro humo nos iba pisando ya los carcañales!.. uf!.. y se me ha agarrado de tal modo á la garganta! Qué derrota, Dios mio! qué derrota! (*durante este tiempo sacarán del foro una tablilla grande pintada de negro, sobre la cual se figurará haberse escrito á la lijera estas palabras: « La mina está condenada. » Leandro vá á plantarla delante del pozo; Raimundo y algunos mineros le ayudan, los otros miran. A la Condesa*) Podeis darme noticias de mi hijo?

CONDESA.

No ha vuelto á parecer.

ROBERTO.

Oh! el perillan debe estar ya lejos! Para que él vuelva, llevando dinero fresco, y esperando reunirse á su Emperador! Por ese lado al menos podemos estar tranquilos.

LEANDRO, *desde lo alto de las gradas del pozo, y en tono de mando.*

La mina está condenada! nadie podrá bajar á ella desde este momento, bajo ningun pretesto. Si alguno cometiese la imprudencia de infrinjir esta orden, tenga entendido que no debe esperar socorro, y que ningun operario bajará á ausiliarle.

ROBERTO, *á Leandro.*

Ay! Dios mio!.. y todo el material de esplotacion? unos instrumentos nuevos, magníficos!

LEANDRO.

Todo se ha perdido!

ROBERTO.

Pero, Señor, esto es peor que el bloqueo continental! vaya una derrota!

Los mineros se retiran al foro, leen la tablilla y contemplan con terror la mina por donde continúa saliendo el humo á bocanadas. Leandro se acerca á á la Condesa.

LEANDRO, *mirando al reló, y para sí.*

Las ocho y media!.. este es el sitio, la en-

trada del pozo! al pie del reló... no ha habido alteracion en la cita... ah! mi venganza por ser tardia no será menos cierta... (*echando una ojeada á sus vestidos*) Pero que no advierta el desorden de mis vestidos! que no sospeche la catástrofe y las fatigas de esta noche... se compadeceria de mí... y querria retardar el duelo quizá... (*á los mineros*) Mañana se abrirá una mina nueva... hasta entonces podeis ir á reparar vuestras fuerzas y á tomar algun descanso. (*vanse los mineros con Raimundo. Roberto y la Condesa no apartan la vista de Leandro, á quien observaban hacia rato haciéndose señas.*) Dentro de media hora.

Váse.

ESCENA II.

ROBERTO, *la* CONDESA.

ROBERTO, *asustado.*

Aun está pensando en ese maldito desafío!

CONDESA, *idem.*

Habeis reparado con qué ansiedad se fijaron sus ojos en el reló?

ROBERTO.

Este es sin duda el lugar de la cita, y vá á volver dentro de poco.

CONDESA.

Ah! nosotros habíamos creido encontrar un medio de salvarle: pero cuando vea que su adversario no vuelve... un hombre de un alma tan noble y altiva es capaz de atentar contra su vida.

ROBERTO.

Eso seria un crímen... Cómo componernos, Dios mio?

CONDESA.

Rodeándole de todo jénero de atenciones y cuidados, haciéndole grata la vida por cuantos medios estén á nuestro alcance.

ROBERTO.

Loado sea el cielo, yo sé uno infalible! está enamorado!..

CONDESA.

Qué decis?

ROBERTO.

Le he visto, cuando nos hallábamos en el fondo de la mina, sacar varias veces un retrato de mujer que contemplaba con ternura y suspiraba... Como eso le distraia del peligro que nos amenazaba, logré sustraérsele con maña, esperando tambien llegar á conocer el objeto de su pasion... pero es el diablo que el medallon tiene un secreto y yo no sé abrirle... Aquí le teneis.

Le saca y se le entrega.

CONDESA.

Cielos! el medallon que dí á mi madre al marcharme, y que ella le dejó en memoria... Él mismo me suplicó ayer que le permitiese guardarle.

Abre el resorte.

ROBERTO.

Entonces vos sois la que él ama.

CONDESA.

Será posible! ah! pero no, apenas me ha visto; y ademas, qué he hecho para merecer su amor? Quizás fuera yo la que debiese amarle por el contrario; yo, que se lo debo todo; que en un solo dia he sido testigo de su valor y virtud...

ROBERTO.

Victoria! es decir que á pesar de lo ocurrido consentiriais?..

CONDESA.

Pensais que esa preocupacion me detendria si se tratase de salvarle por ese medio, y si yo creyese en efecto que su vida, su futura felicidad dependian de mí? Bendijera por el contrario al cielo, que me permitia reconocer de ese modo todo lo que ese noble jóven ha hecho por mi madre. Bien sé que la sociedad rechaza y condena al hombre que, por mas virtuoso que sea, no ha vengado con sangre el ultraje que ha recibido! Pero yo soy la causa de su desgracia, y es deber mio consolarle y hacerle olvidar sus penas. Qué mas he de deciros? Si me ama realmente, porque no me atrevo á creerlo aun, que hable... que lo diga... pronta estoy á partir con él su suerte, cualquiera que sea.

ROBERTO.

Nos hemos salvado... una mujer jóven y bella á quien no tiene mas que confesar que la ama... En cuanto lo sepa viene á echarse á vuestros pies... aprovechamos la ocasion; le rodeamos, le abrazamos, le aturdimos... y asi no vuelve á pensar en su adversario... olvida el desafio.

CONDESA, *con alegria.*

Creeis que eso suceda?

ROBERTO.

Por supuesto.

CONDESA.

Aquí viene.

ROBERTO.

Dejadme á mí.

ESCENA III.

DICHOS, LEANDRO.

LEANDRO, *desde el foro, mirando el reló.*

Temia haberme retrasado. (*á Roberto*) Necesito estar solo; hacedme el obsequio de retiraros.

Ellos le rodean.

ROBERTO.

Amigo mio! mi salvador!

LEANDRO, *á Roberto, llevándosele aparte.*

Veo que lo sabeis todo... Pues bien, ha llegado la hora; alejaos.

ROBERTO.

Sé lo que el honor os prescribe, y por mucho que me cueste... tendré valor... le tendremos todos...

CONDESA, *continuando.*

Me negareis en tal momento el consuelo de eros... de hablaros por última vez?..

LEANDRO.

Qué miradas!

ROBERTO.

Os juro que nos retiraremos en cuanto se resente vuestro adversario... Que no vuelva á ocar en mi vida á un dividendo, si estamos qui un instante mas.

LEANDRO.

Daos prisa entonces!.. qué teneis que derme?

ROBERTO, *trayéndole aparte.*

Cosas que os interesan vivamente... Me habeis hablado muchas veces de vuestras ilusiones, de vuestros deseos... Cifrábais vuestra cha en poseer una mujer bella y afable que amase por vos mismo. Pues bien, vuestros eños se han realizado... Esa mujer está ui... no aguarda sino que vos os declareis... a palabra... una sola palabra, y su mano vuestra.

LEANDRO, *contemplando á la Condesa.*

Qué es lo que he oido? Será ella tal vez!.. a, mi esposa! consentirá!.. Sí, comprendo heróico sacrificio... pero permaneceré dig- de ella.

ROBERTO.

Eh! dejaos de cabilosidades. Como, despues de lo que os he dicho no os echais á sus pies?

LEANDRO.

No.

ROBERTO.

Luego pensais todavia en batiros?

LEANDRO.

Ahora mas que nunca. (*para sí*) Tengo que vengar el honor de dos personas en vez de una.

ROBERTO.

Insensato!

LEANDRO.

Sois su padre y nada mas justo que intercedais por él; en cuanto á mí, su muerte sola me hará vivir con honra y dignidad despues de la afrenta que de él he recibido. Mientras sepa que ecsiste no hay para mí sosiego ni felicidad posible!

Se vá hácia el relo.

ROBERTO.

Sus palabras me dan frio.

CONDESA, *acercándose á Roberto.*

Qué dice?

ROBERTO, *idem.*

Está mas furioso que nunca... y no piensa mas que en batirse.

CONDESA.

Cielos!

LEANDRO, *á Roberto.*

La hora se acerca; me habeis dado vuestra palabra.

ROBERTO.

Despacio... he dicho que cuando él se presente... Estos son los términos de la capitulacion, y yo no me separo de ellos. (*á la Condesa*) Qué va á ser de nosotros, Dios mio?

LEANDRO.

Aguardará á que pase la hora? Un militar!..

CONDESA, *á Roberto.*

Perdióse toda esperanza.

ROBERTO, *bajo.*

Afortunadamente que el otro estará ya lejos.

CONDESA.

Ah! qué bien hicísteis de obligarle á marchar! Es nuestro único recurso ahora.

ESCENA IV.

DICHOS, TOPO.

TOPO, *bajo á Roberto.*

Señor.

ROBERTO.

Silencio! Estás ya de vuelta?

TOPO.

Si no me he marchado.

LOS DOS.

Cómo?

TOPO.

He pasado toda la noche esperando con las bridas en la mano... y como tardaba tanto, me he quedado dormido hasta este momento, sin que nadie haya parecido por allí.

CONDESA.

Gran Dios!

TOPO, *aparte.*

Aqui teneis una esquela que acaba de traer un dragon para vuestra hijo.

ROBERTO, *leyendo.*

Es de los oficiales de ayer, que deben servirles de padrinos; se disculpan por su nueva tardanza; pero dicen que estarán aqui lo mas pronto posible... (*á Topo*) Bien está; déjanos.

ESCENA V.

LEANDRO, *al foro*, ROBERTO, *la* CONDESA.

CONDESA, *bajo.*

Qué es lo que acaba de decir ese hombre?.. Vuestro hijo se ha quedado? está aqui y vá á venir!

ROBERTO.

No nos faltaba mas que eso!.. pero no! es imposible.

LEANDRO.

El minutero marca las nueve, Caballero!

ROBERTO.

Cuando el otro venga, cuando el otro venga.

CONDESA, *á Roberto.*

Apenas puedo sostenerme! si esa puerta se abriese!.. y le viésemos entrar!

ROBERTO.

Cuando os digo que eso no puede ser; ya veis qué tranquilo estoy yo... Ay, Dios mio! tambien á mí me vá entrando el temblor.

Suena el reló.

LEANDRO.

En fin!

CONDESA.

Cielos!

ROBERTO.

Amigo mio!

Arrójase en los brazos de Leandro. Permanecen inmóviles, con los ojos fijos en la puerta, hasta que el reló ha dado la última campanada.

LEANDRO.

Nadie!

CONDESA, *con alegría, á Roberto.*

Ah! Señor.

ROBERTO, *con aire de triunfo.*

Victoria!.. se ha marchado!

LEANDRO, *atónito.*

Se ha marchado!

ROBERTO, *estregándose las manos.*

Para un viaje algo largo... y adonde me parece que no os dará la idea de irle á buscar.

LEANDRO, *estallando.*

Aun cuando fuese al fin del mundo!.. Dónde ha ido, qué camino ha tomado?

ROBERTO.

No lo sabreis.

Leandro toca la campana.

CONDESA.

Qué intentais hacer?

LEANDRO.

Alguien ha favorecido su fuga! le habrais visto partir!

CONDESA, *á Roberto.*

Oís lo que dice?

ROBERTO.

Nada temais; estaban todos en el fondo del pozo ocupados en aquella trapisonda.

ESGENA VI.

DICHOS, OPERARIOS *que se colocan á la izquierda*; MUJERES *al otro lado*, MARIA, RAIMUNDO.

TODOS.

Qué hay? qué es lo que pasa?

LEANDRO, *reprimiéndose.*

Un oficial... el hijo de Mr. Roberto, ha salido de la mina antes que nosotros y ha desa-

parecido... le ha visto alguno? Importa averiguar dónde está... qué ha sido de él?

CONDESA, *á Roberto.*

Temblando estoy.

OPERARIOS.

Yo no le he visto.—Ni yo!—Ni yo!

RAIMUNDO.

Nadie le ha visto, segun parece.

LEANDRO.

Nadie! la cólera me ahoga.

ROBERTO, *á la Condesa.*

Cuando yo os lo dije! estaba cierto de que no lo averiguaria.

LEANDRO, *á un operario que habla con otro en el proscenio. (Los dos del primer acto)*

Tú te has inmutado! de qué proviene esa palidez? qué tienes? no contestas?

PRIMER OPERARIO.

Es que, la verdad sea dicha, yo le he visto.

LEANDRO.

Eh! habla mas bajo.—Ah! por fin voy á vengarme.

PRIMER OPERARIO.

Estaba en la mina... me preguntó el camino ue debia tomar para ir á buscaros; yo le dije ue tomase la galería principal.

SEGUNDO OPERARIO, *del lado.*

Ay! Dios mio!.. pues entonces se ha equiocado.

LEANDRO.

Cómo!

Empieza á salir el humo del pozo por bocanadas as espesas.

SEGUNDO OPERARIO.

Sí, no hay duda... ahora me acuerdo que le ví entrar en aquella abertura antigua que á salir no sé dónde, y que habíamos desaneado por la mañana.

LEANDRO.

Dios mio! la que volvió á ser obstruida por nuevo desplome.

SEGUNDO OPERARIO.

Justo.

LEANDRO.

Cuándo le viste entrar en ella?

SEGUNDO OPERARIO.

Un momento antes de que se diese la voz fuego.

LEANDRO.

Y tú que estabas allí, no le volviste á ver ir?

SEGUNDO OPERARIO.

No.

LEANDRO, *dando un grito.*

Infeliz! no hay duda!

Todos le rodean.

CONDESA, ROBERTO.

Qué teneis?

LEANDRO, *á la Condesa.*

Un desastre horrible, inesperado!.. Llevaos de aqui á Mr. Roberto.

ROBERTO.

Un desastre!

LEANDRO.

Separadle de aqui.

ROBERTO.

No, no me iré.

TODOS.

Qué es lo que pasa? qué ha sucedido?...

LEANDRO.

Creiais que se habia salvado! el infeliz está en la mina.

TODOS.

Un hombre en la mina?

ROBERTO.

Mi hijo? gran Dios! mi pobre hijo!

LEANDRO.

Lleváosle, digo.

María y algunos rodean á Roberto y se le llevan.

ESCENA VII.

DICHOS, *escepto* ROBERTO *y* MARIA.

Raimundo y los operarios se acercan con terror al pozo y contemplan el humo que sale. La Condesa trae á Leandro al proscenio.

CONDESA.

Qué vais á hacer?

RAIMUNDO.

A salvarle.

CONDESA.

Vos!

LEANDRO.

Es mi deber.

CONDESA.

Ah! ese rasgo es noble! magnánimo! esa venganza es digna de vos!

LEANDRO.

Vengarme! y de quién? por qué?.. Cuando un hombre se halla en la agonía, cuando se ahoga por instantes y llama en su ausilio... no me acuerdo ya del mal que me ha hecho...

todo lo he olvidado... ya no me acuerdo de su nombre!.. (*á los mineros*) Al tonel!

Un operario vá á buscar una linterna atada á una cuerda.

RAIMUNDO.

Aguardad!.. el reglamento de la mina no permite bajar á ella antes de haberse cerciorado de que no hay riesgo de muerte, y en el interés de los operarios debo...

LEANDRO.

Aun no ha trascurrido el tiempo suficiente para que ese terror sea fundado; pero no hay que perder un minuto! pronto, una cuerda, una luz!

Bájase la linterna con precaucion; Leandro es el que lo dirije todo y está mas inmediato á la boca del pozo.

RAIMUNDO.

Mas de la mitad de la cuerda está ya arriba, y no se descubre la luz.

LEANDRO.

El humo os impide verla.

Vuelve á aparecer la linterna, cuya luz está apagada.

RAIMUNDO.

Apagada! no queda ninguna esperanza! ha muerto!

CONDESA.

Muerto!

LEANDRO, *cojiendo la linterna.*

No, no es el gás el que ha apagado esta luz; es la mano de un moribundo que enmedio de la agonía se ha lanzado á ella y la ha aplastado.

RAIMUNDO, *con serenidad.*

Os equivocais, la vela está intacta.

LEANDRO, *aplastándola con el pie.*

Silencio! os digo que ese desgraciado está en el fondo del pozo, que nos llama... yo le oigo. (*á un operario*) A tu puesto. (*á otro*) Un pañuelo! vinagre!

Un minero sube á la máquina, y el otro se va por la izquierda.

RAIMUNDO.

Señor director, aun cuando se tratase de toda vuestra fortuna, de vuestra ecsistencia entera, lo que intentais hacer seria un acto de demencia... Si hubiese en ello la menor duda seria el primero á bajar; pero es correr á una muerte cierta é inútil. No basta que se consiga llegar al fondo del pozo, vos lo sabeis mejor que yo; es preciso abrirse paso al través de un desplome considerable... trabajar horas enteras en un aire que no podeis respirar cinco minutos. (*viendo á Leandro dirijir al operario que sale con un pañuelo y una botella*) Ningun operario os seguirá.

LEANDRO.

Quién ha dicho eso?

RAIMUNDO.

Vos, vos mismo, que habeis condenado la mina, y plantado con vuestra propia mano ese cartel delante del pozo!

LEANDRO, *yendo al foro.*

La mano que le colocó entonces, le arranca ahora. (*derriba la tablilla*) Amigos, la mina no está ya condenada; el que bien me quiera, que me siga... (*los mineros hacen un movimiento para seguirle, sus mujeres corren á ellos dando un grito, y los detienen*) Nadie!.. Pues bien, bajaré yo solo.

TODOS.

Solo!

Mientras que hace con el pañuelo que le han traido una especie de mordaza, que se coloca en la boca despues de haberla empapado de vinagre, le dice la Condesa.

CONDESA.

La muerte, lo habeis oido? Muy ciertos deben estar de lo que dicen, cuando el ciego cariño que os tienen no basta á moverlos.

LEANDRO.

Señora! en la mina hay un hombre, y yo no escucho mas que la voz de mi conciencia.

CONDESA.

Amigo mio!

TODOS.

Deteneos!

LEANDRO, *rechazándoles.*

Atrás! al cabrestante!..

Lánzase al tonel, con el rostro envuelto y la piqueta en la mano; baja el tonel.

ESCENA VIII.

DICHOS, *escepto* LEANDRO.

Momento de estupefaccion; la cuerda sigue bajando.

CONDESA.

En sus ojos he leido que no volverá si vuelve solo!.. Pero aun cuando él quiera, tal vez no le será posible!.. si le faltase el aire!.. (*á los operarios*) Y asi le abandonais todos vos-

otros!.. Vosotros á quienes ha salvado tantas veces!.. por quien tantas veces se ha espuesto! que le debeis la vida de padres y hermanos!.. Pues bien, yo soy una débil mujer é iré á acompañarle.

Movimiento entre los mineros.

TODOS.

Sí, sí, vamos todos.

RAIMUNDO, *á los operarios.*

Yo os guiaré! vayan al diablo los reglamenos!.. Solo el pensar que nuestro valiente diector que tantas veces nos ha salvado, está bajo, sin tener quien le ausilie, me hace voler tan loco como él. (*á un minero*) Proveeos e todo lo necesario.

CONDESA.

Ah! corred.

RAIMUNDO.

Es preciso aguardar á que el tonel vuelva á ibir.

UN OPERARIO.

Avisa que dén cuerda mas aprisa.

La cuerda baja con mas rapidez.

RAIMUNDO.

Sostened ahora. (*se inclina sobre el borde del zo*) Ya ha llegado. Su luz parece una estrella través del humo, pero ha resistido.. Se ale- y desaparece en direccion de las escalas!

CONDESA.

La luz ha resistido?.. Dios es justo! Si las erzas le abandonan, llegaremos á tiempo para prestarle socorro!

RAIMUNDO.

Aqui sube el tonel; dos hombres no mas.

Colocan en el tonel un lio, un cesto é instrumen- Raimundo y dos operarios que se habrán quitado chaquetas, y á quienes sus compañeros aprietan mano, se dirijen hácia el foro. De repente se deja una esplosion subterránea, y sale por la boca del un vivo resplandor que ilumina los objetos superiores. Todo el mundo retrocede hácia el proscenio. paredes del pozo se hunden con la cuerda y la uina del cabrestante. Estupor y desorden entre los arios.

RAIMUNDO.

l gas se ha inflamado... la esplosion ha ndido el pozo y le ha cegado.

OPERARIOS.

uestro pobre director está perdido!

RAIMUNDO.

erdido! es preciso tentar todos los medios! s escalas!

TODOS.

las escalas! á las escalas!

RAIMUNDO.

Vamos, orden, y no correr todos á la vez... Imposible es detenerlos!

TODOS.

A las escalas! á las escalas!

Se arman de instrumentos y salen en tropel.

ESCENA IX.

La CONDESA, *sola.*

No es un sueño!.. Tanto valor, tanta bondad! (*juntando las manos*) Oh, Señor, vos no lo permitireis! no, tendreis piedad de él!.. Yo os lo ruego. Dios mio, tomad mi vida en cambio de la suya!.. Son gritos de alegria. (*escucha un momento. Gritos á lo lejos*) Ah! ya no se oye nada... (*óyense los gritos mas cerca*) No, no me engaño... los he vuelto á oir... Se habrá salvado?.. le volveré á ver? Ah! despues de haberse espuesto á tan grave riesgo puede ya vivir; no pensará en la muerte!..

Corre hácia el foro.

ESCENA X.

TODOS LOS PERSONAJES.

LOS MINEROS, *en tropel.*

Se ha salvado!.. se ha salvado!

EL AYUDANTE.

Sí, se ha salvado, Señora!.. Nosotros acabamos de llegar!.. Qué fortuna!.. Aqui le traen.

LEANDRO, *trayendo á Cristóbal.*

Vive, he sentido latir su corazon! socorredle en nombre del cielo!

Deja á Cristóbal en brazos de Maria. Todo el mundo se agrupa en torno suyo.

ROBERTO.

Hijo mio!

MARIA.

Mi pobre Cristóbal!

ROBERTO.

Hacedle aire... quitadle esa corbata.

LOS OFICIALES, *cercándole.*

Nuestro valiente Capitan!

MARIA, *á todos.*

Vais á acabarle de ahogar; apartaos.

CONDESA, *á Leandro en el proscenio.*

No estais herido?.. Ah! he creido morirme

hace poco!.. y ahora, ahora... oh! no, no se muere de alegria!

Coje la mano de Leandro, que cubre de lágrimas y besos.

ROBERTO.

Vuelve en sí... quiere hablar!

CRISTOBAL, *con los ojos cerrados.*

Mi Emperador! marcha!.. presenten ar... Uf! lo que cuesta morir asi! (*abre los ojos*) Dónde estoy?.. cuánta luz!.. Maria! mis compañeros!.. luego me he salvado! Ah! no creia escapar! cuando sentí faltarme el aire y caí en el suelo, pensé que era para siempre! quién ha penetrado hasta mí? quién ha arriesgado su vida por salvarme?

TODOS, *señalando á Leandro.*

Él!

CRISTOBAL.

Él!

Se levanta.

CONDESA, *bajo, y muy rápido.*

Nadie queria bajar!

MARIA, *idem.*

Ha bajado solo.

ROBERTO, *idem.*

Me vuelve mi hijo.

CONDESA.

Ah! Señor, acordaos de vuestro juramento, dijísteis que ibais á reuniros con el Emperador, que ibais á partir.

CRISTOBAL.

Partir, no es posible ya!

MARIA, CONDESA, ROBERTO.

Qué dice?

Cristóbal se acerca á Leandro. Silencio, movimiento de ansiedad.

CRISTOBAL, *á Leandro.*

Caballero, desearia que todo el ejército se hallase aqui presente! no puedo batirme con vos porque me habeis salvado la vida... Esta vida, que me es preciosa ahora porque puedo consagrársela á mi Emperador desgraciado, os pertenece... (*hincando una rodilla en tierra*) Disponed de ella! no la defenderé!..

LEANDRO, *levantándole.*

Habeis hecho todo lo que un hombre de honor debe hacer, y yo no puedo ecsijir nada mas, pero... no por eso es menos cierto que estoy deshonrado...

TODOS.

Qué decís?

LEANDRO.

Puedo acaso tender la mano á un amigo?

Los oficiales le rodean y le dan la mano.

EL AYUDANTE.

Todos nosotros somos vuestros amigos, y nos vanagloriamos de serlo!.. Todos os tenemos por hombre de honor.

OFICIALES.

Sí, todos!..

LEANDRO.

Sí, pero podré atreverme nunca á decir á una mujer que la amo?

Dice esto mirando á la Condesa, que se lanza hácia él, y le ofrece la mano; Leandro la besa enajenado y alarga la suya á Cristóbal, que la estrecha con efusion.

LEANDRO.

Ah! ahora si que os perdono, soy completamente dichoso.

FIN DE EL INJENIERO, ó LA DEUDA DE HONOR.

Madrid.-Imprenta de D. JOAQUIN MERÁS Y COMPAÑÍA.

DICCIONARIO
DE
MODISMOS

(FRASES Y METÁFORAS)

PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLERO

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 49—Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 145 á 147)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERÍA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23

—

MADRID